

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 932.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El general Bourbaki; grabado. — Estudios históricos: El cardenal Cisneros. — Los combates del Bourget; grabados. — Apuntes sobre la declamación y la historia del teatro. — Revista de París. — Poesías. — Sitio de París: Puesto Tourterelle en la Courneuve; grabado. — La cosecha de verduras en las afueras de París; grabado. — Escenas de la vida inglesa. — El cuartel de los exploradores Franchetti; grabado. — M. Dupuis, fundador de la Asociación mutua de la guardia nacional; grabado. — El cuartel de la Pepinière; grabado. — De Villahermosa á la China. — Un episodio del combate de la Malmaison; grabado.

hasta fastuosa en cierto modo, que era muy propia para seducir las imaginaciones orientales. Gustosos habrían resucitado para su coronel el nombre que los mamelucos dieron á Kleber y le habrían llamado el Bravo Sultan.

General de brigada en Crimea, Bourbaki desplegó en aquella guerra el mismo denuedo que habia fanatizado á los árabes. En Inkermann fué el primero que distinguió los ingleses bruscamente atacados por los rusos; inmediatamente reunió como pudo algunos batallones de cazadores y de zuavos, cargó con ellos á los rusos, que desbaratados y viéndose perdidos, formaron el cuadro para resistir á aquella carga de infantería, mas terrible que la famosa de los coraceros de Ney en Waterloo.

Bourbaki se precipita sobre el cuadro; y como quisieran detenerle, se apodera de una carabina, y sirviéndose de ella como de un mazo, se lanza con impetu irresistible gritando:

— ¡Paso, que hay aquí gloria para todos!

La batalla de Inkermann estaba ganada, y Bourbaki el Africano se llamaba ya en el ejército, que es quien confiere los verdaderos títulos de nobleza, Bourbaki de Inkermann.

Le esperamos á la obra en su mando del ejército del Norte.

H. C.

Estudios históricos.

EL CARDENAL CISNEROS.

(Conclusion.)

Solos diez años eran transcurridos desde la muerte del señor Carrillo, cuando su inocente cautivo de Uceda viene guiado por la mano de la Providencia á santificar y enaltecer aquella silla primada, resucitando en ella el espíritu de los Eugénios, Julianes é Ildefonsos para gloria de la religión y de la Iglesia. Porque fueron tantos y tan grandes los beneficios de su glorioso pontificado, que solo pudieran de alguna manera compendiarse con aquella hermosa y galana metáfora con que el Espíritu Santo ensalza al gran sacerdote Onías: *In diebus suis apparuerunt fontes aquarum.*

Si; en los dias de Cisneros aparecieron las fuentes de las aguas, porque reunidas en su gran corazón todas las virtudes que enumera san Pablo en sus cartas á Tito y Timoteo como aguas de salud y de vida, brotan de allí formando rios caudalosos de celo, de piedad, de ilustración, de caridad inmensa é inagotable, que producen

EL

general Bourbaki.

De tiempo en tiempo, aunque desgraciadamente no muy á menudo, recibimos en París noticias de las provincias.

Así sabemos que el general Bourbaki, nombrado por la delegación del gobierno de la defensa nacional residente en Tours, comandante del ejército del Norte, ha llegado á Amiens á la cabeza de un cuerpo de 25,000 hombres, los cuales reunidos á los 15,000 que allí se encontraban, representan un efectivo de 40,000 combatientes.

Añádese que el ejército de Bourbaki cuenta con una numerosa artillería consistente en piezas de campaña y ametralladoras. Los soldados están armados con fusiles á tiro rápido. Contamos con que no tardaremos en recibir buenas noticias del Norte.

El distinguido jefe que manda estas fuerzas, y cuyo retrato damos en esta página, comenzó en Africa la carrera militar. Allí organizó los cuerpos indígenas de spahis y de *turcos*, y estos hijos del desierto se entusiasmaron con aquella bazarra brillante y



El general Bourbaki.

por todas partes frutos abundantísimos de virtud, de consuelo, de bendición y de gloria. Activo, prudente, previsor infatigable, extirpa y reprime con mano fuerte inveterados abusos, celebra sínodos y establece reglamentos y ordenanzas para hacer brillar al clero en saber y en virtud, fomenta la piedad, procura en fin el bien espiritual y material de su grey por tantos medios y con tan perseverantes esfuerzos, que es aclamado á una voz el amparo del mérito, el consuelo de los afligidos, el padre de los pobres, la providencia visible, el arzobispo santo. Santidad que resulta en todas sus obras y palabras, y que se revela sobre todo en aquella rigidez de costumbres y dureza de mortificación, que hubo de ser reprimida por aquel Breve del sumo pontífice Leon X, en que le intima con precepto de santa obediencia, que se abstenga de macerar su cuerpo, que coma carne, que duerma en cama, que vista lienzo, y que atienda en fin á la conservación de su interesante vida, acomodando esta al decoro y esplendor visible correspondiente á su alta dignidad. ¡Testimonio singular, de que tal vez no hay ejemplo en la Iglesia católica! Y que yo no dudaré en calificarlo como una anticipada canonización de las virtudes del gran Cisneros.

Pero donde este nombre glorioso aparece como el sol en todo el lleno de su esplendor y magnificencia, es en esta ciudad amada de su corazón, en su predilecta Alcalá. Sí, ciudad ilustre. Todos los títulos de tu bien merecido renombre, famoso ya en los antiguos tiempos, quedan oscurecidos ante la inmensa atmósfera de gloria que extiende sobre tí el genio inmortal de tu insigne bienhechor, con las obras maravillosas que realizara en tu seno. ¡Y qué obras! Cada una de ellas bastaría para eternizar los dos nombres, inseparablemente unidos, de Alcalá y de Cisneros. ¡Oh! ¡si me fuera posible reseñarlas una por una, y valorar su mérito y graduar su influencia inmensa en pro de la religión y de las letras, del engrandecimiento y gloria de nuestra patria! ¿Pero acaso puede darse paso alguno en Alcalá sin que se presente á nuestra vista la figura majestuosa de Cisneros, radiante de gloria y de esplendor? Sin salir de esta misma iglesia, ¿el título de magistral con que entre todas las de España fuera distinguida, y el privilegio también único de que solo pudieran componer su cabildo hombres eminentes en la profesión de las ciencias; y ese claustro, y esa sacristía, y ese coro magnífico, y esas preciosas verjas, y ese retablo, y esa hermosísima capilla enriquecida con las sagradas reliquias de los santos niños mártires Justo y Pastor, objeto tiernísimo de la veneración entusiasta de este religioso pueblo, no son otros tantos laureles plantados por la mano liberalmente espléndida del santo arzobispo; laureles que, al extender hoy gloriosa sombra sobre su sepulcro, están demandando con justicia el cultivo esmerado y eficaz de una gratitud reparadora, que impida marchitarse por completo sus verdoros?

¿Y qué os diré de la empresa gigantesca de su Biblia Complutense? Fomentar el estudio de la teología en su primera fuente, que es la Sagrada Escritura, y el conocimiento del griego, hebreo y caldeo, tan necesario para su cabal inteligencia; corregir los innumerables defectos introducidos en el texto por el descuido y la ignorancia de los copiantes; y aprestar armas contra los herejes, apoyados principalmente en aquel género de erudición, hé aquí el pensamiento sublime que sugirió á Cisneros el proyecto grandioso de aquella obra colosal. Nuevo Ptolomeo Filadelfo, reúne en Alcalá, como en otra Alejandría cristiana, á los varones mas sabios de su tiempo, Elío Antonio de Lebrija, Ducas de Creta, Lopez de Zúñiga, Nuñez de Guzman el Pineiano, Pablo Caronel de Segovia, y los dos Alfonsos de Alcalá y de Zamora, todos tres judíos convertidos. A costa de innumerables diligencias y de gastos enormísimos, recoge los mejores ejemplares que pudo haber de España y del extranjero, trae impresores de Italia y de Alemania, establece fundición de caracteres, construye y organiza las prensas, forma los planes y dirige por sí mismo con infatigable ardor los trabajos, que continuados sin interrupción por espacio de doce años, ofrecen á la religión y á las letras ese monumento de celo, de sabiduría y de piedad, aclamado por la Iglesia y por todo el mundo sabio como la maravilla de su siglo. Y aunque hoy sea menor su importancia por el desarrollo posterior de los estudios bíblicos y filológicos, jamás la Polyglota Complutense perderá la gloria de haber sido la primera y sin modelo, porque las Exaplas de Orígenes habíanse perdido; y la que abrió la senda á los Pagninos, Vatablos, Arias Montanos y otros mil, sirviendo de tipo y fundamento á las célebres Polyglotas de Felipe II, de Lejay y de Walton.

Pero el celo ardiente de nuestro héroe aun no queda con esto satisfecho, ni con la publicación y restablecimiento monumental de nuestra preciosa, edificante y veneranda Liturgia gótico-muzárabe, ni con la impresión y propagación de otras innumerables obras de piedad, de ciencia y hasta de agricultura; sino que quiere hacer de su amada ciudad un emporio de las letras, un templo de la sabiduría. ¡Oh Universidad de Alcalá, creación asombrosa de Cisneros, ante la cual el gran rey Francisco I de Francia se reconoció pequeño! tú eres la joya mas brillante de su inmortal corona. ¿Quién dirá la profusión y largueza de dones con que te enriqueció, y los grandes privilegios, y sabios reglamentos, y multitud de colegios, hospitales, y todo género de fundaciones de piedad y de letras con que te formara esplendente diadema para ensalzarte sobre las demás del reino, y hacerte compartir con noble y digna emulación la justa celebridad de Salamanca? ¿Y los ópimos frutos de honor y de gloria que siempre has producido para

bien de la Iglesia y del Estado, con tantos varones ilustres formados en tu seno, y sabios eminentes, y santos gloriosos que honraron las togas, las mitras y los capelos, brillando con esplendor inmarcesible en los tribunales, en los consejos, en los concilios y en los altares? Si el siglo XVI llámase con razon el siglo de oro de las letras en España, Cisneros es quien lo inaugura, contribuyendo con poderoso impulso á aquella gloria inmensa.

¿Pero á qué recordar yo ahora grandezas que no existen para Alcalá sino convertidas en ruinas tristemente patéticas, que solo producen dolor en el corazón... llanto en los ojos?... ¡Ah! quiera el cielo que ese árbol de la ciencia, tan robusto y frondoso bajo la mano del que lo plantó, crezca siempre en verdor y en lozanía arrancado por el huracán de su nativo suelo y plantado en otro terreno... y que llevando siempre consigo el nombre inmortal de su fundador, sea aquel un sello indeleble de alianza entre la fe y la razon, entre la ciencia y la virtud: mientras que Alcalá, hija tierna y agradecida de su paternal cariño, se honrará perpétuamente en ser guardadora fiel de sus preciosas cenizas, y en contemplar con efusiones de amor y de reverente gratitud la sombra augusta de su insigne bienhechor, sobre cuanto encierra de monumental y grandioso; porque sus puentes, calzadas, muros, templos, altares, reliquias, hasta las piedras de las calles, y sobre todo, los corazones de sus hijos son y serán siempre de Cisneros... Pero veamos ya extenderse el horizonte de sus grandezas, y enlazarse con los de la religión y de las letras otros timbres no menos gloriosos para nuestra patria.

La muerte de la gran reina Isabel, ocurrida en Medina del Campo en 1504, es una pérdida inmensa para España: y Cisneros, que en vano multiplicara sus ayunos y oraciones para alcanzar del cielo la prolongación de sus preciosos días, la siente con dolor profundo y la llora con amargo llanto, exclamando entre sollozos: «Jamás verá el mundo una reina de tan elevado espíritu, de corazón tan puro, de tan ardiente piedad, de tan ilustrado celo.» ¡Ah! aquella reina que empuñe cuantas figuras la crítica y la historia intentaran colocar á su lado; aquella reina que, según el testimonio del sabio Pedro Mártir, testigo de toda su vida, reuniera con todas las bellezas de su sexo las grandes cualidades de un soberano y las eminentes virtudes de una santa; aquella reina, en fin, de la cual se atreve á decir el mismo, que después de la Virgen Santísima no reconoce sobre la tierra mayor pureza de corazón, mayor grandeza de alma, ¿sabeis lo que era?... Un eco fiel del alma de Cisneros, que vibraba en ella los mas elevados sonidos de la fe, de la piedad, de la razon, de la justicia. Sí; él era su luz, su guía, el alma de sus consejos, y á él se debe el complemento y continuación de sus grandes empresas.

Porque si se conserva Granada, fruto de diez años de lucha, y diadema esplendorosa de la Santa-Fe de Isabel, gloria es esta del celo ardiente de Cisneros por la conversión de aquellos habitantes, que en número de cuatro mil son bautizados por su mano en un solo día, y después ocho mil mas, dejando al fin cortadas de raíz con medidas, ya de prudencia y de mansedumbre, ya de rigor altamente saludables y previsoras, sus continuas rebeliones. Si el Nuevo Mundo, vision profética de Colon, no se pierde apenas descubierto, en manos de la cruel y rapaz codicia hábil en burlar las piadosas y sabias prescripciones emanadas del trono, debido es al influjo benéfico de Cisneros, que enviando misioneros de paz, conquista las almas para el cielo, y somete los corazones al cetro de Castilla. Si quedan desiertas y cerradas las sinagogas en todo el reino, y se apaga el subterráneo volcán de la herejía, y se eclipsa por completo el siniestro brillo de la media luna, y la toma de Mazalquivir abre la puerta á la conquista de Africa, todas son glorias cuyos fulgores reflejan sobre la frente de Cisneros. Y en las agitaciones y conflictos producidos por la llorada muerte de Isabel, y en medio de las intrigas y aviesos consejos que bastardearon el efímero reinado de Felipe, y en las complicaciones y amenazante ruina que lo siguieron, ¿quién sino Cisneros con su prudencia consumada, y su rectitud, y su prevision, y su energía, pudo salvar los grandes intereses de la patria, y los fueros de la razon y del derecho, y el prestigio de la autoridad, y recoger y guardar con mano firme y segura las riendas del gobierno, para entregarlas sin menoscabo en las de Fernando? Por eso vemos á este solicitar para su constante amigo y fiel consejero la púrpura romana con que el papa Julio II honra sus incomparables servicios y eminentes virtudes.

Investido de aquella alta dignidad que simboliza en el color de sus insignias el martirio tan ansiado por Cisneros, enardécese mas su celo por la gloria y el triunfo de la fe, objeto supremo de todos sus afanes, y venciendo dificultades sin cuento, y pretextos mezquinos, y menguados temores, apréstase á realizar por sí mismo y á sus expensas la empresa de Oran, digna de un príncipe y página brillantísima de su hermosa historia. Dos pensamientos encerraba aquel proyecto, inspirados ambos por la piedad mas sólida y por la mas elevada política. Plantar la cruz en aquellas regiones de tan gloriosa se ostentara un día por el genio inmortal de los Ciprianos y Agustinos, y hacer tomar á España en aquellas riberas una posición de importancia inmensa bajo el punto de vista estratégico y comercial. ¡Ah! ¿Cuál hubiera sido la suerte de nuestra patria, si las grandes aspiraciones de Cisneros reveladas en aquella empresa hubieran prevalecido en el consejo de los reinados posteriores? No existiera ya el baldón del islamismo sobre la frente de la Europa civilizada, ni hollaran plantas

infieles los lugares santos regados con la divina sangre de nuestro Redentor, ni hubiera tal vez España agotado la suya y sus tesoros en empresas mas ricas de gloria y de heroísmo que de sólido provecho, ni eslabonádose en fin la serie de acontecimientos que vinieran preparando su triste y dolorosa decadencia.

Pero volvamos á nuestro héroe. ¿Un fraile capitán general del ejército, de todas las fuerzas del reino? ¿De aquellas legiones aguerridas que venían de Italia coronadas de laureles? ¿La espada del Gran Capitán reemplazada por el rosario de Cisneros!

¿No parece esto un despropósito, y un contraste el mas singular y extraño? ¡Ah! no lo extrañéis, no: en su gran corazón moran unidos el valor y la piedad, el heroísmo de la religión y el de la patria; es el corazón de la España... de aquella España gloriosa, inmortalizada en la lucha heroica de ocho siglos contra las falanjes agarenas. Vedlo, pues, nombrar los jefes de la expedición y los cabos de las tropas, y reunir caudales y provisiones, y combinar planes, y atender á todos los pormenores con la prudencia y energía propias del héroe mas entendido y práctico en el arte de la guerra. Hácese á la vela en Cartagena; y es tal la energía de su fe y la confianza que esta le inspira, que según la feliz expresión que corre de boca por todo el ejército, parece llevar los vientos encerrados en la manga de su hábito:

La travesía es feliz, y el éxito debido no menos al bélico ardimiento de las tropas que á sus fervientes oraciones, tan glorioso y tan completo, que pudo decir con mas razon que César: *Veni, vidi, vici*; porque embarcarse, llegar á Oran y conquistarlo, fué solo obra de tres días. ¡Triunfo magnífico con que el Dios de los ejércitos, multiplicando los prodigios, corona el heroísmo de nuestros guerreros y la ardiente fe de su caudillo. Por eso, levantando sus manos y sus ojos al cielo exclama, bañado su rostro venerable en lágrimas de gozo inefable y de profunda gratitud: «No á nosotros, Señor, la gloria, sino solo á vuestro santo nombre.» *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Y haciendo consistir en la de Dios toda la suya, ríndele públicas acciones de gracias, y lleva por la ciudad en triunfo la Sagrada Eucaristía, y purifica las mezquitas, y las consagra al culto en honor de María Santísima con el título de la Victoria y del Santo Apóstol de España; y funda hospitales y conventos, y convierte y bautiza multitud de infieles, y sin tomar para sí de los ricos despojos mas que las llaves de la ciudad, y algun otro objeto insignificante que para memoria legara después á su querida Universidad, deja á su ejército enardecido de valor cristiano, que según sus órdenes é instrucciones le hace adquirir sobre la marcha nuevos triunfos en Trípoli y en Bugía. Ahí están presentes esos trofeos gloriosos de su victoria: ellos con voz muda sí, pero mas elocuente que cien discursos, publican el heroísmo y la pericia militar del general Cisneros.

Mas ¿qué re compensa aguarda á tan brillantes laureles ofrecidos por él en las aras de la religión y de la patria? ¡Ah! Doloroso es decirlo. ¿Sabeis cuál? La que Dios suele permitir en sus altos juicios para contrapesar ó para ensalzar mas la gloria de los héroes: el desden, la ingratitud. No, no es mi ánimo sembrar dudas sobre la rectitud de intenciones de Fernando el Católico, ni hacer resaltar este y otros lunares de su historia, á pesar de los cuales la crítica imparcial y justa verá siempre en él uno de los mas grandes reyes que se han sentado en el trono; pero entristece el ver que intrigas miserables, y pérfidos consejos, y ruines envidias cortesanas, pudieran prevalecer en su ánimo á un mismo tiempo contra los dos hombres de su época mas dignos de prezo y de alta loa; el vencedor de Garellano, el conquistador de Nápoles, el gran Gonzalo de Córdoba; y el conquistador de Oran, el gran Cisneros.

Mas en breve se disipa aquella nube siniestra, que el cardenal contempla desde el retiro de su diócesis, tranquilo con el sentimiento de su dignidad y de su conciencia pura, sin que innecesarios desdenes amengüen en un punto su fidelidad y amor á la patria y á su rey; porque desengañado este no solo hace cumplida justicia á sus altas y probadas dotes, y las ensalza en públicos manifiestos, y le encarga la educación del príncipe Don Fernando, y se entrega á sus consejos con una confianza sin límites ya nunca desmentida, sino que al ser sorprendido por la muerte en Madridejos, y dejar con la vida el cetro y la corona, en presencia del Consejo y de los grandes que rodean su lecho mortuorio, teniendo ya en la mano la vela misteriosa, faro de la eternidad, sella con el último esmalte la gloria de Cisneros, encargándole la gobernación del reino, y pronunciando con espíritus labios aquellas memorables palabras: «Es un hombre recto, un varón santo, incapaz de hacer ni de tolerar injusticias: será todo para el bien público.» ¡Qué testimonio de tanto peso en la boca de un rey moribundo! ¡Y de un rey como Fernando el Católico! Magnífico prólogo, que nos abre la escena mas interesante y grandiosa de la vida de nuestro héroe, y señala el punto culminante desde el cual extiende sus brillantes resplandores por el horizonte inmenso de la historia.

A la luz de ella me lo represento en medio de las dos tumbas de los Reyes Católicos alzándose un gran coloso para sostener él solo la inmensa pesadumbre de un grandioso edificio que amenaza desplomarse. En efecto, la consolidación del poder real sobre el estéril y anárquico feudalismo; la reunión de toda la monarquía y maestrazgos de las órdenes bajo una sola corona; la conquista de tres reinos; el descubrimiento de un nuevo mundo; la propagación de la fe en Africa y en las In-

días; la paz interior, y el respeto de las demás naciones; y esa preciosísima unidad católica, piedra angular de nuestra nacionalidad, base irremplazable de unión y de fuerza y paladín sagrado de nuestras esperanzas, hé ahí la obra inmortal de Isabel y de Fernando. Pero ¡qué cambio de escena apenas bajan estos al sepulcro! El príncipe heredero en Flandes, aconsejado por extranjeros mas solícitos de explotar que de gobernar nuestro país; el infante Don Fernando alimentando en su corazón ideas de exaltación al trono; la Francia y el Portugal amenazando; el Erario exhausto, el pueblo fatigado de tantos y tan heroicos sacrificios, y los grandes orgullosos con su prepotencia, ardiendo en discordias, impacientes de freno, propensos á rebeliones, hé aquí la tormenta que se cierne sobre España, amenazando destruir su grandeza y poderío. ¿Quién será capaz de conjurarla? ¿Quién? Un hombre solo; un fraile; un Cisneros. Pero no, no era él solo, era la prudencia, la sabiduría, la magnanimidad, la fortaleza, el genio, todas las grandes cualidades de los héroes, todas las virtudes de los santos, armonizadas por Dios en su grande alma y elevadas á la mas alta potencia, formando ecuación sublime con aquella fe que traslada los montes, según san Pablo.

No estaba solo, no, entregado á las vanas ilusiones de la razón, y á la orgullosa impotencia del corazón humano; estaba con él la virtud de lo alto, *nobiscum Deus*: lleva siempre atado á su brazo sobre la carne un santo Crucifijo; con él trabaja, con él estudia, con él ora, con él duerme, con él consulta, á él pide inspiración, y á él fia todas sus empresas, repitiendo con frecuencia aquellas palabras de David: «Yo, Señor, fio en vos que no seré confundido.» Y así únicamente puede comprenderse cómo aquel venerable anciano, sin la ayuda de ningun ministro y con solo, digámoslo así, el cordón de su santo hábito, gobernara la monarquía, teniéndola suspendida sobre el caos, y guiándola por el camino de la prosperidad y de la gloria.

Yo le admiro, mantenedor incontrastable del principio de autoridad, imponiéndola con majestuosa valentía en el primer consejo que preside, sobre el tratamiento que habia de darse al príncipe heredero, y cortando el hervor sedicioso de acaloradas disputas con aquellas resueltas palabras: «No he venido aquí á oír disputas, sino á recibir sumisiones; hoy se proclama rey al príncipe.» Yo le admiro en aquella intrepidez enérgica con que al oír la insolente petición de algunos magnates, que rehusando obedecerle demandante exhiba sus poderes, «ahí están...» les dice, mostrándoles desde el balcón... soldados... y cañones; únicos poderes en verdad para hombres sediciosos y turbulentos.

Yo le admiro en aquella rapidez impávida con que sofoca, aplasta y castiga cuantas rebeliones promueven aquellos en Priego, en Málaga, en Ureña, en Valladolid, en Alba, en Villafraite y en otros puntos del reino, sin abdicar jamás su autoridad ante ningun motin triunfante... ¿Era aquello orgullo y altanería del cardenal, como dijera sus émulos, y haya repetido tal vez una crítica apasionada? Sí, orgullo era, pero un orgullo magnífico... el orgullo de la ley, que debe reprimir todas las aviesas y anárquicas pasiones; sí, altanería... la altanería de la autoridad, la cual debe ser tan alta que sobresalga por cima de todas las cabezas, siquier sean las mas elevadas.

Mas ¿cómo reseñar todos los timbres de la gobernación de Cisneros, de la cual pueda acaso decirse con verdad, que ni tuvo antes un modelo exacto, ni despues una copia enteramente fiel? Él es el primero en establecer esa institución de los ejércitos permanentes, imitada y perfeccionada despues por todas las naciones de Europa, y que entonces, como ahora y siempre, fué, es y será el principal sosten del edificio social.

El revoca gracias y pensiones abusivas, reforma contribuciones onerosas y vejatorias, funda pósitos y archivos, fomenta la marina, realiza ese prodigio tan ansiado de enriquecer al Erario aliviando al pueblo; no hay, en fin, ramo alguno de administración y de gobierno que no reciba de la mano de Cisneros un fecundo impulso ó una gloriosa iniciativa. Y es tal su pureza y su rectitud jamás torcida, y su justificado acierto en la distribución de cargos, premios y castigos, y tan grande su desinterés y abnegación, y tan franca y leal su política, y tan completo su sacrificio á la gloria de la religión y de la patria, que, amado y bendecido de los pueblos, ensalzado por los pontífices y concilios, respetado por todo el mundo, es invulnerable á todos los tiros de la maledicencia y de la crítica: «Jamás hizo cosa injusta.» Hé aquí el oráculo que pronuncia sobre Cisneros el emperador Carlos V. Sí; jamás hizo cosa injusta, porque el espíritu de Dios reinaba en su entendimiento, en su corazón y en sus obras; por eso todos sus pasos son rectos, todos sus días llenos según la hermosa frase de la Escritura. Por eso en la humillación es elevado, en la exaltación humilde, pobre en la riqueza, modesto en medio del fausto, en el poder humano, en la justicia inexorable: magnánimo corazón, frente serena que domina todos los acontecimientos, llevando como encadenada la fortuna á sus disposiciones, las cuales no tienen mas contrarios que los que lo son de la ley, de la razón, de la justicia, de la religión y de la patria. Siempre hace triunfar estas dos grandes causas inseparable y paralelamente unidas sin confundirse, y adquiere tantos y tan merecidos títulos á la gratitud de la Iglesia y del Estado, que no puede recordarse su nombre sin recordar al mismo tiempo todas las grandes dotes que revelan la superioridad del genio, todos los laureles que ciñen la frente de los héroes, todas las virtudes que forman la gloriosa aureola de los santos: *Qui facit*

concordiam in sublimibus suis; que establece alianza en sus grandezas.

¡Grandeza de Cisneros, pura, radiante, inmensa, que atraviesa como el sol los siglos derramando torrentes de esplendor inmarcesible, siendo objeto de entusiasta admiración al español, al extranjero, al católico y al protestante. Grandeza ante la cual se eclipsa y se hace imposible todo paralelo, y toda ponderación es fría, y todo discurso mezquino y apocado, como el que teneis la dignación y la paciencia de escuchar. Grandeza, en fin, que siempre igual en todas las fases de la vida que acabamos de recorrer, no se desmiente á sí misma, ni entre las horribles convulsiones de aquel veneno misterioso que se cree haber acortado sus preciosos días, ni en las últimas intrigas de corte, que tan indignamente le robaran el consuelo de ofrecer personalmente á su rey el postrer homenaje de su fidelidad acrisolada, ni ante las sombras de la muerte que vienen á cubrir su rostro venerable en la villa de Roa á los ochenta y un años de su edad.

¡Ah! poco podia espantar su terrible aspecto al que vivió siempre como si hubiera de morir á cada instante; al que morando en la tierra y llenándola con la fama de su nombre, tenia, como dice san Pablo, su conversación en los cielos; al que bajo el esplendor de la púrpura vistió siempre el áspero cilicio y el humilde sayal, remendado por las mismas manos que empuñaron el celro; al que autorizado para disponer de inmensos bienes, no solo no enriquece á los suyos en vida, si que ni aun en muerte les deja un lugar en su edificante testamento, consagrado todo á su querida Universidad y á las innumerables fundaciones, hijas de su piedad y celo. Yo le contemplo ya fortalecido con los santos Sacramentos, replegado todos sus sentidos y potencias para fijarlos en Dios, y rodeado de todas las virtudes como de otras tantas flores cultivadas por su industria y regadas con su sudor, cuyo fragante celestial aroma embalsama sus últimos alientos; el vicio abatido á sus piés, triunfante la justicia, los ángeles del cielo entonando himnos de gloria, y el Dios de la Majestad abriendo al justo las puertas eternas. Veo, en fin, aquella alma grande que, rompiendo los lazos de la mortalidad, deja con ella arrumbados en la oscuridad del sepulcro la mitra, el báculo, el anillo, el palio, el capelo, todos los títulos, honores y grandezas del tiempo, y sube envuelta en brillantes resplandores á trocarlo todo por la grandeza de la eternidad...

Pero... no anticipemos el juicio de la Iglesia, incoado ya para colocar á nuestro venerable Cisneros sobre los altares; roguemos al Señor se digne disponer su continuación y feliz término para consuelo y gloria de la España, y entre tanto unamos nuestras lágrimas á las tiernas y abundantísimas que derramaron sobre su humilde lecho el infante Don Fernando y toda la grandeza española civil y eclesiástica, y los pueblos todos, que le bendecían como á su padre, y arrebataban sus reliquias, y le proclamaban santo. Honremos sus restos venerandos con el filial cariño y noble entusiasmo con que los recibieran entonces y honraron siempre su Universidad insigne y su predilecta Alcalá. Y sobre todo ¡oh españoles! penetrando con el espíritu en ese recinto que guarda sus cenizas, renovemos ahí, en el fuego sagrado de amor á la religión y á la patria que ellas simbolizan. el carácter tradicional de nuestros mayores, contra el cual, estrellándose impotentes las maquinaciones de la revolución anárquica é impía que causa todas las desgracias de la sociedad en el presente siglo, la religión y la patria recobrarán en breve el esplendor y la gloria á que supo elevarlas con sus eminentes servicios y heroicas virtudes el religioso, el confesor, el arzobispo, el fundador y reformador, el cardenal, el consejero, el general en jefe, el conquistador, el dos veces regente del reino, el defensor y propagador de la fe, el gran patriota, la honra de España, el venerable siervo de Dios fray Francisco Ximenez de Cisneros.

B. RODRIGO y LOPEZ.

Los combates del Bourget.

El 28 de octubre se sabia en Paris que un reconocimiento vigorosísimo lanzado contra el Bourget habia logrado apoderarse de esta posición, que las tropas ocupaban definitivamente. La ocupación de este punto se consideraba bien adquirida al sistema de defensa, opinión que se acreditó tanto mas, cuanto que un parte del general Bellemare anunció al otro día que los prusianos habian cañoneado la aldea del Bourget, sin resultado alguno.

Por desgracia, un exceso de confianza impidió á los franceses el tomar las disposiciones necesarias para fortificarse en la posición conquistada. No se enviaron al Bourget ni refuerzos suficientes, ni artillería. Apenas habia allí algunos cañones con dos batallones de refuerzo cuando de repente, y al cabo de cuarenta y ocho horas de ocupación, acudieron los prusianos con una formidable artillería. La lucha era imposible y no hubo mas remedio que tocar retirada, perdiendo un crecido número de hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Hé aquí la relación completa de estos acontecimientos que nos dan los partes siguientes:

Día 28 de octubre

Señor gobernador:

Tengo la honra de mandaros el parte sobre la ocupación del Bourget, ejecutada hoy por una parte de las tropas que mando.

Queriendo utilizar el cuerpo de francos-tiradores de la prensa, cuyo servicio habia llegado á ser inútil en la Courneuve, á causa de los progresos de la inundación de Crould, ordené ayer noche al comandante de los francos-tiradores dar un ataque de noche á las avanzadas enemigas establecidas en Bourget; le indiqué las principales disposiciones é hice prevenir á los grandes-guardias establecidos delante del fuerte de Aubervilliers y de la Courneuve que tomasen las armas á las tres de la mañana para sostener y apoyar el movimiento.

A la hora fijada fué ejecutado con tanto vigor como precisión por los francos-tiradores á las órdenes del comandante Rolland. Sin disparar un tiro afrontaron los puestos prusianos, que huyeron en desorden, abandonando la mayor parte de sus sacos y de sus cascos. Continuaron adelantando en la aldea, rechazando al enemigo de casa en casa hasta la iglesia, donde estaba establecido mas sólidamente. Entonces fué cuando los hice sostener por una parte del 34º de marcha y el 44º batallón de los móviles del Sena. Envié al mismo tiempo al coronel Lavoignet, comandante de la 4ª brigada, para tomar el mando, con orden de apoderarse de la aldea y de establecerse en ella fuertemente.

Hacia apoyar la infantería por una sección de dos piezas de á cuatro y una ametralladora y establecía dos piezas de á doce delante de la Courneuve, para tomar al enemigo de flanco.

A las once me trasladaba al Bourget, y llegaba en el momento en que éramos dueños completamente; me hacia acompañar por una fuerte reserva, compuesta del 46º batallón de los móviles del Sena y medio batallón del 28º de marcha. Hacia el medio día el enemigo descubrió dos baterías de posición en el puente Ibon y avanzó dos baterías de campaña por la carretera de Dugny al Bourget, que no cesaron hasta las cinco próximamente, y salvo raros intervalos, de disparar sobre la aldea, de la que incendiaron algunas casas.

Hice retirar mi artillería, que no podia luchar con la del enemigo, muy superior en número. Nuestras tropas permanecieron en sus posiciones, aunque recibiendo por la primera vez un fuego tan formidable, y no puedo por menos de congratularme de su sangre fría y energía. Durante este tiempo los zapadores de ingenieros abrian las comunicaciones, almenaban las casas y restablecían las barricadas.

Hacia las seis he hecho relevar por tropas frescas las que habian combatido por la mañana, á fin de hacerlas reparar y comer la sopa.

Se trabajará toda la noche para hacer la posición tan defensiva como posible.

La toma de Bourget, audazmente atacado, vigorosamente sostenido, á pesar de la numerosa artillería del enemigo, es una operación poco importante en sí misma, pero da la prueba que, aun sin artillería, nuestros jóvenes soldados pueden y deben permanecer bajo el fuego mas terrificante como verdaderamente mortífero del enemigo. Ensancha el círculo de nuestra ocupación mas allá de los fuertes, da confianza á nuestros soldados y aumenta los recursos en legumbres para la población parisiense.

Nuestras pérdidas, que no conozeo todavía exactamente, son mínimas (todo lo mas una veintena de heridos y cuatro ó cinco muertos). Hemos hecho algunos prisioneros.

Cuando haya recibido los partes de los jefes de cuerpo, y que los haya verificado con cuidado, tendré el honor de enviaros los nombres de los oficiales y soldados que se han distinguido particularmente.

El general comandante superior,

DE BELLEMARE.

P. D. — 29 de octubre. — Ayer, á las siete y media, el enemigo intentó un ataque á la bayoneta á la izquierda de la aldea. Recibido á boca de jarro por una compañía del 44º de los móviles, huyó á la primera descarga, dejando dos heridos entre nuestras manos. A merced de la noche pudo levantar los otros heridos y los muertos, entre los cuales me aseguran que se encuentra un oficial. Este ataque nos ha costado 2 muertos y 7 heridos.

Los prisioneros han declarado que habiamos tenido delante de nosotros en la jornada de ayer á dos regimientos de la guardia y cuatro baterías de artillería. La noche ha sido tranquila; nada de nuevo esta mañana.

DE BELLEMARE.

Dos chalupas vigias, bajo el mando de M. Forestier, han hecho un reconocimiento hasta delante de Choisy-le-Roi; un vivo tiroteo se ha trabado entre nuestros marinos y los prusianos establecidos sobre la orilla izquier-

da y en la estacion de los bueyes. El enemigo ha enviado algunos obuses de una batería en posición á Thiais. Nuestras chalupas han contestado y acabado su reconocimiento, que estaba apoyado por los tiradores del 90°. No hemos tenido heridos.

29 de octubre, á las siete de la noche.

A continuacion del parte dirigido esta mañana, el general de Bellemare ha mandado este telégrama á las doce:

«El fuego continúa con intermitencia como ayer. No hay ataque de infantería; estamos en muy buena posición; nos sostenemos y permanecemos allí.

» Los resultados del combate de ayer por la noche han sido importantes; el terreno delante de nuestros tiradores está cubierto de cadáveres prusianos; uno de sus oficiales, herido, es prisionero.

» En el ataque, el fuego de las baterías enemigas ha cesado, y se ha replegado hácia Gonesse.»

Por copia conforme:

JULIO FAVRE.

Día 30 de octubre.

El Bourget, aldea delante de nuestras líneas, que habia sido ocupado por nuestras tropas, ha sido bombardeado durante todo el día sin éxito alguno para el enemigo. Esta mañana muy temprano, masas de infantería, evaluadas en mas de 45,000 hombres, se han presentado de frente, apoyadas por una numerosa artillería, mientras que otras columnas han circundado la aldea, viniendo de Dugny y de Blanc-Menil. Un cierto número

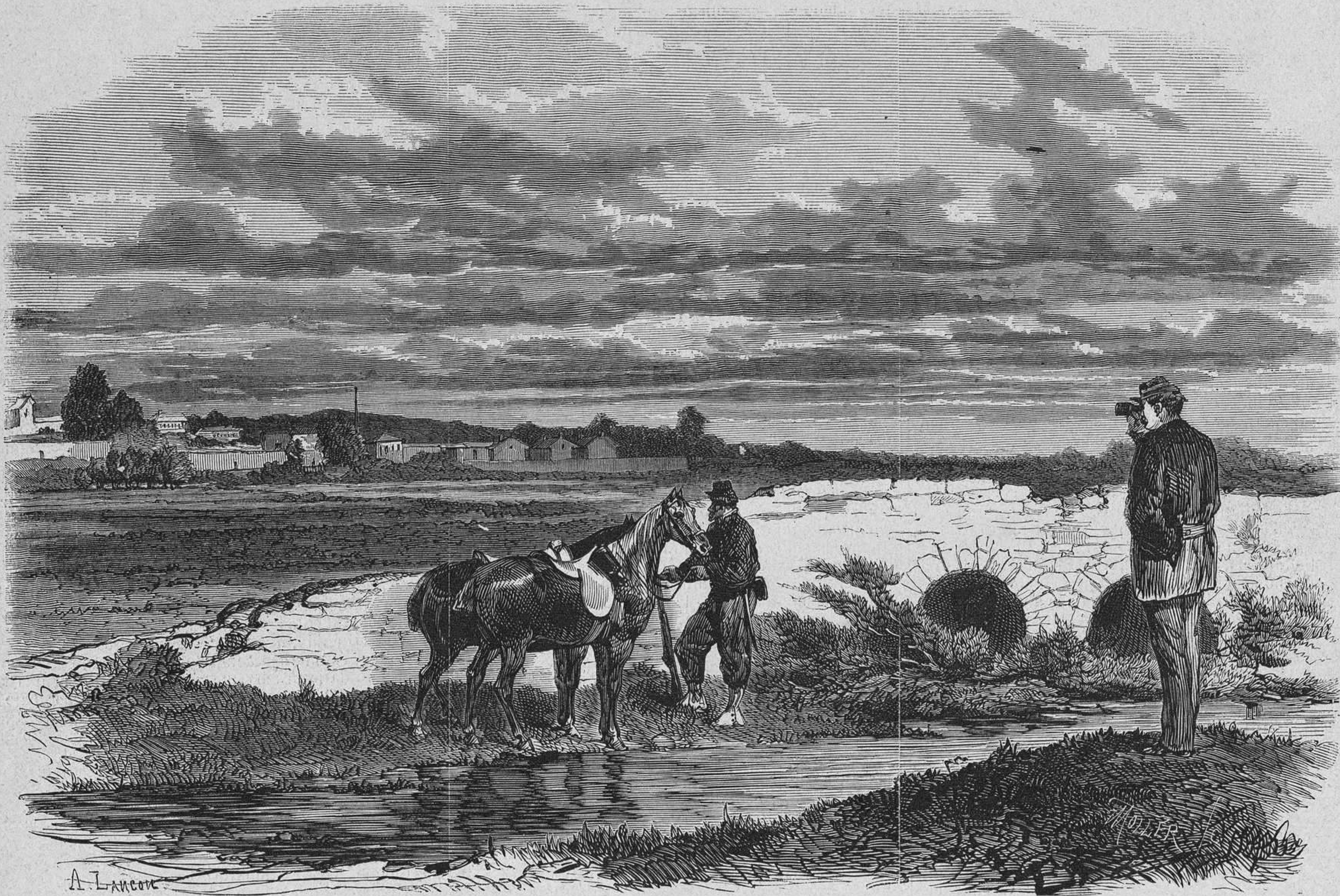
de hombres que estaban en la parte norte del Bourget han sido separados del cuerpo principal y han quedado entre las manos del enemigo. No se conoce exactamente el número en este momento. Se precisará mañana.

La aldea de Drancy, ocupada veinte y cuatro horas hacia solamente, no se encontraba mas apoyada en su izquierda, y habiendo faltado el tiempo para ponerlo en estado respetable de defensa, se ha ordenado la evacuacion, para no comprometer las tropas que se encontraban allí.

La aldea del Bourget no hacia parte de nuestro sistema general de defensa; su ocupacion era de una importancia muy secundaria, y los rumores que atribuyen gravedad á estos incidentes que acabo de exponer, no tienen ningun fundamento.

Por el gobernador de Paris,

SCHMITZ.



SITIO DE PARIS. — Accion del Bourget: Ultima avanzada francesa enfrente del molino de Dugny.

Apuntes sobre la declamacion

Y LA HISTORIA DEL TEATRO.

La declamacion, que tantas alternativas ha sufrido desde su invencion, hasta la época presente, no es otra cosa que el arte de expresar con propiedad, las pasiones y sentimientos del personaje, que al actor representa, valiéndose para ello de todos los recursos que la naturaleza ha puesto á su disposicion, tales como la voz, la accion, el gesto, etc., etc., y se llama actor al sugeto encargado de representar el personaje, que el poeta ha colocado en su obra.

Difícil es averiguar el verdadero origen de la declamacion (en el sentido de esta palabra con respecto al teatro) porque su antigüedad se pierde en la oscuridad de los tiempos; con todo, los primeros á quienes se atribuye su invencion, ó que por lo menos la dieron el primer impulso, regularizando algo sus formas, fueron los egipcios con las representaciones de sus misterios (especie de

farsas sagradas) que hacian para celebrar y ensalzar la bondad de sus dioses, y sacar partido de la credulidad de sus compatriotas; á ellos es deudor el arte de los primeros pasos de su infancia en las representaciones de que hablamos. En efecto, los sacerdotes de Osiris contribuyeron mucho á aumentarle, cultivando una ciencia (permítaseme esta calificacion) de que ellos se servian con grande utilidad para ensanchar su poderío y acrecentar su religion. Por largos años, la declamacion no tuvo otra patria que el Egipto, hasta que las guerras, y otras causas que serian largas de contar, la sacaron del pais donde se puede decir que habia nacido, y la trasportaron á Grecia. Desde esta época se empezó á mirar de distinto modo, y los sabios filósofos de aquella nacion se dedicaron al estudio del arte escénica, perfeccionándola poco á poco y dándola otra direccion, de la que antes habia tenido. Así permaneció, hasta que recibió un nuevo ser con la aparicion de la tragedia griega inventada por el famoso Tespis. Sin embargo, á pesar de sus adelantos, aun le faltaba mucho para llegar al grado de esplendor, á que le condujo Esquiles, célebre guerrero y poeta dramá-

tico, mejorando la tragedia, dándola las mas hermosas formas del gusto griego, y añadiendo al lujo y magnificencia de los teatros y trajes, el calzado llamado *Coturno*, que por tanto tiempo ha sido el emblema de este género de composicion. Sofocles que le sucedió acabó la obra que Tespis y Esquiles habian empezado, haciendo llegar el arte á un grado tal de perfeccion, que no puede dejar de admirar al que recorre la historia del teatro. Ya no se trató de farsas ridículas, como hasta entonces se habia acostumbrado; soberbios teatros, grandes aparatos, y excelentes actores, sucedieron á las antiguas representaciones, y la declamacion empezó á ser una necesidad para los pueblos, un conducto seguro para darles la ilustracion, y el verdadero termómetro de la civilizacion.

Cuando los romanos se enseñorearon del mundo, el arte llegó al mas alto grado de esplendor; el lujo portentoso de las representaciones, y la sabiduria de los que profesaban tan difícil carrera, dieron ya una consideracion y aprecio tal á la profesion de actor, que los primeros personajes de la república se honraban de seguirla, apresurándose

á recibir lecciones de sus mejores artistas, conociendo acaso las ventajas que procura este estudio á los oradores. Ciceron, llamado justamente el príncipe de la elocuencia, y de todos los oradores romanos, no se desdenaba de recibir lecciones de Q. Roscio, célebre actor romano, y tal vez sin el auxilio de sus consejos, este grande hombre no hubiera podido conseguir tantas ventajas con sus discursos, á pesar de su elocuencia y sabiduría; porque no basta muchas veces tener grandes talentos para escribir, sino que es necesario que el orador sepa conmover á su auditorio, ya por la pureza y energía del decir, ya por las inflexiones de su voz, ya en fin, por otros resortes, que están al arbitrio del que ha estudiado el arte con detención.

Terminada la dominación romana por las excursiones de los bárbaros del Norte, y concluido su teatro, cuando, corrompida la lengua latina, las naciones empezaron á formar distintos dialectos, según la influencia del clima que habitaban, y

conforme al roce mas ó menos continuo que tenían, ya con gentes extranjeras, ya con los Estados limítrofes á sus respectivos reinos, desapareció totalmente la declamación, con el dibujo, y las otras artes de imitación. La ignorancia dominaba entonces el mundo, y las artes huyen siempre del suelo donde aquella impera. A las hermosas tragedias y comedias de los teatros griego y latino, sucedieron los *mismos*, especie de representaciones jocosas, pero obscenas, y las *pantomimas*, que eran otra clase de representaciones expresadas por figuras y gestos, sin que intervinieran palabras.

Muy escasas son las noticias que tenemos acerca del primitivo teatro español, y ninguna absolutamente del modo de declamar de aquellos tiempos: solo se conjetura que si se representaron algunas piezas dramáticas durante el reinado de los visigodos, debieron escribirse en el lenguaje comun de aquella época, que consistía en una mezcla monstruosa del latín corrompido, y del romance que se iba formando; pero ni sabemos á punto

fijo si efectivamente hubo tales representaciones, y en el caso de haberlas, cómo las declamaban, ni de qué medio se valían para ejecutarlas: de todos modos no solo no se puede dudar que la buena declamación romana se perdió, sino que el arte concluyó enteramente con la irrupción de los árabes en el siglo VIII, y no vuelve á aparecer hasta el X, en que se daban ya representaciones de pasos religiosos en las iglesias, pero de un modo tan absurdo y soez, que en nada se diferenciaban, ó quizá eran peores que los misterios egipcios. Por aquella época vemos salir también los *juglares*, especie de representantes y cantores, en un estado de envilecimiento y de oprobio terrible, porque si bien alguno que otro individuo de esta clase mereció los favores y la confianza de los reyes, en lo general se mantenían dando representaciones ya de verso, ya de pantomima, tan pronto en los festines reales, como á las puertas de la mas hedionda mancebía. Estas tropas ó compañías de *Juglares* se componían de hombres y mujeres, que



Ataque del Bourget en la mañana del 28 de octubre, por los francos-tiradores de la prensa, sostenidos por el 14º batallón de la guardia móvil del Sena y por una parte del 34º de marcha.

no tenían domicilio fijo, y su empleo era el de cantar, bailar ó representar lo que entonces llamaban pasos ó escenas, acompañándose ellos mismos al son de ciertos instrumentos, con gestos y acciones mas ó menos libres, según el argumento del paso, el auditorio que tenían, y la mayor ó menor civilización de los pueblos donde lo verificaban.

La mala conducta de esta gente, y la inmoralidad de sus farsas, dieron margen á las leyes que publicó don Alfonso el Sabio, declarándoles infames é incapaces de obtener ningun destino público; siendo digno de observar, que en medio de estas leyes, y de los anatemas lanzados por la Iglesia contra esta clase, en algunos privilegios antiguos de los reyes de Castilla se leen entre los confirmantes ó testigos, los nombres de algunos *juglares*, distinción que no se concedía sino á personas de categoría, lo que prueba que no todos los que seguían esta profesión eran tratados del mismo modo.

Los eclesiásticos, después de haber probado en

vano extinguir unas fiestas, que repugnaban á las buenas costumbres y á la moral pública, y que tanto distaban del verdadero objeto de la declamación, que es corregir y enseñar deleitando, tuvieron que abandonar la empresa, conociendo lo difícil que era desarraigar una costumbre tan general, y queriendo disminuir el mal, ya que no podían evitarlo, continuaron con el uso establecido en las catedrales algunos siglos habia, y que aun se conserva en algunas, de celebrar las fiestas solemnes de nuestra religion con bailes, máscaras, etc. Con este objeto acordaron añadirles nuevos atractivos, queriendo dar al pueblo de un modo mas decoroso las mismas fiestas que disfrutaba en las calles y plazas; para conseguirlo se encargaron ellos mismos de la ejecución de las farsas; pero lejos de corregir el vicio con esta medida, no hicieron mas que aumentarlo, pues los mismos que recomendaban la moderación y el amor á la virtud, y que debían enseñar al pueblo con su ejemplo, divertían groseramente á su auditorio disfrazándose de varios modos con gestos y

chocarrerías tan obscenas que harían sonrojar en el día al hombre mas inmoral.

Estas clases de personas son las únicas de que hay noticia que profesasen la declamación, aunque del modo que queda indicado; pues los árabes, á pesar de su esmero en el cultivo de las artes y de su afición á la poesía no hicieron una sola composición que perteneciese al género de que hablamos: ó si la hicieron, no ha llegado á noticia de nuestros diligentes historiadores. La Provenza, cuna y madre de la poesía, no cultivó tampoco esta clase de composición, de suerte que los únicos restos que quedaron de la declamación en este país, son los que hemos dicho, y la costumbre de recitar sus versos en público algunos trovadores; y aun esta costumbre tenía lugar solamente cuando no los cantaban, lo que dejaban de hacer muy pocas veces. Además estas composiciones eran tan poco á propósito para declamar por su metro, que generalmente consistía en versos alejandrinos rimados de cuatro en cuatro, que apenas puede llamarse declamación, en el sentido de la palabra.

En este letargo permaneció el arte desde la decadencia del imperio romano hasta el siglo XV, al que pertenece la existencia de las primeras piezas dramáticas en España. Desde esta época continuaron con más ó menos aceptación en Europa, perfeccionándose poco á poco á medida que las naciones se iban civilizando. Este género de espectáculos pasaron de Italia á nuestra nación, y aunque no es posible fijar la época, con todo, si se atiende á los escandalosos abusos, que según los concilios se habían introducido en ellas en el citado siglo XII, puede creerse con algun fundamento, que por los años de mil y tantos empezarian en nuestra península. Las fiestas sagradas, como dice Moratin, dieron ocasion á nuestros primeros ensayos en el arte escénico; los sacerdotes fueron nuestros primeros actores. La costumbre autorizaba este uso, y aunque los excesos, que por ella se cometían, debían condenarla, el objeto que la motivó parece servirle de disculpa.

Por fin, reasumiendo cuantas noticias se hallan del teatro y la declamacion, desde la invasion de los godos en España, hasta que ambos empezaron á florecer en el siglo XVI, parece seguro que la declamacion empezó en este país durante el siglo XI; que se dedicó exclusivamente á celebrar las festividades eclesiásticas, y los misterios de la religion; que las piezas se escribían en verso, y en lengua vulgar: que se representaban en las catedrales adornadas con la música de la misma iglesia; y que los actores de ellas eran clérigos, como tambien generalmente los poetas que las componían.

En el siglo XIV ya se tenía mas en aprecio la profesion, y por consecuencia los adelantos eran mas rápidos. Montaner en su crónica de los reves de Aragon dice, que en la coronacion de Don Alfonso IV se cantaron y representaron por el infante Don Pedro y otros ricos-hombres, acompañados de Juglares varias piezas alusivas, composicion del mismo infante; de donde se puede deducir el aprecio que se hacia ya en aquel tiempo de este género de espectáculos en el reino de Aragon.

Lo mismo sucedía en Castilla, donde se escribían y representaban algunas comedias con formas mas regulares, según se ve en una que existe manuscrita en la biblioteca del Escorial, compuesta en el reinado de Don Pedro el Justiciero, en coplas de arte mayor, y llena toda de bailes. Imposible es averiguar el modo de declamar esta comedia en la época de que hablamos como en todas las demás; ni si era declamada toda la pieza, ó si alternaban el canto y el recitado; pero á lo que se puede inferir del estado del teatro en este siglo, y aun mucho tiempo despues, participaría seguramente de la hinchazon y oscuridad del estilo en que están escritas todas las piezas dramáticas antes de fines del siglo XVI.

En este estado permaneció el teatro, poco mas ó menos, hasta el principio del reinado de los Reyes Católicos en el año 1493, en que se empezaron á representar públicamente en Castilla comedias por Juan de la Encina, poeta de gran donaire, festejando con ellas á don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y don Inigo Lopez de Mendoza, segundo duque del Infantado. Siguió á Juan de la Encina, Bartolomé Torres Naharro, que perfeccionó mas las composiciones dramáticas, aumentando su enredo é interés, dividiéndolas en actos: con todo, á pesar del grande impulso que recibió el teatro por estos dos ingeniosos poetas, volvió á caer casi enteramente en el olvido por la poca proteccion que halló de parte de los gobernantes; y no renació el buen gusto hasta la aparicion del célebre compositor y representante Lope de Rueda, natural de Sevilla, que puso la primera piedra al edificio del arte, tanto por el lustre que le hizo adquirir, cuanto por la belleza de sus composiciones.

Murió este insigne actor en 1564, y dos años antes nació en Madrid el fénix de los ingenios Lope de Vega. Desde esta época data el renacimiento del teatro español, y de la declamacion, que es la consecuencia precisa de los adelantos de aquel. Despues, por los años de 1570, Pedro Naharro, el toledano, actor y autor de una compañía, arregló los teatros é inventó las tramoyas, y Cosme de Oviedo los carteles.

La prodigiosa cantidad de comedias que se escribieron y representaron en el siglo XVII, en que florecieron tantos y tan ilustres poetas dentro y fuera de España, la aficion de Felipe IV á la poesía, y el mérito de algunos actores; y sobre todo la construccion de los teatros públicos en la corte hechos á fines del siglo anterior, dió un lustre á la profesion y un aprecio á los poetas, hasta entonces no conocidos. Desde aquella época el teatro pasó á manos de actores regulares, y dejó de ser el patrimonio de los juglares é histriones, llegando á ser poco á poco un espectáculo instructivo y decente, si bien es verdad que aun le faltaba mucho para llegar al estado en que hoy le vemos.

A principios del siglo XVIII volvió á decaer otra vez hasta la aparicion de Molé y Lekain en Francia y de Garrick en Inglaterra, que ocasionó una revolucion en el arte, haciéndole entrar por fin en el camino del buen gusto, tomando por modelo á la naturaleza. Desde entonces acá los adelantos han

sido cada vez mas rápidos, y los buenos actores se han sucedido sin intermision, llevando la propiedad en los trajes y en el modo de decir hasta el punto que admiramos en el dia. A los dos que llevamos dichos, siguieron la Rita Luna, Talma, Maizez (restaurador del teatro moderno español en la parte ejecutiva), Kemble, Keang, Mlle Mars, la señora Rodriguez, Caprara y otras notabilidades artísticas.

Elogiar dignamente á todos estos artistas seria obra muy larga, solo si diré, que gracias á sus talentos, á sus generosos esfuerzos, y á la proteccion de personas ilustradas y de autoridades celosas de los adelantos de su patria, ha llegado á ser la profesion de actor una carrera honrosa, de la que un hombre regular puede hacer alarde, sin temor de sonrojarse al recordar que hace seis siglos, el que la profesaba, estaba condenado al desprecio público y fuera de la ley. Es verdad que la clase de personas que entonces la ejercían, justificaban en parte la severidad del Estado para con ellas. En el dia las circunstancias han variado, y el anatema, que por tanto tiempo pesó sobre el teatro, ha desaparecido enteramente con la soberanía monacal, acerba enemiga de aquel. Llegó el momento en que se honra la carrera escénica, como la mejor señal de una nacion civilizada, y hace ya años que el teatro ha llegado á su apogeo, y que sonó por fin la hora de una reaccion favorable á esta penosa carrera.

P. G. M.

Revista de Paris.

La Prusia ha rechazado el armisticio de veinte y cinco dias para la eleccion de una Asamblea nacional que decida sobre los destinos de la Francia, armisticio propuesto, como saben ya nuestros lectores, por las cuatro grandes potencias neutras, Inglaterra, Rusia, Austria é Italia. La condicion impuesta por el gobierno de la defensa nacional de que durante la tregua Paris recibiría un abastecimiento de víveres proporcionado, no ha encontrado gracia á los ojos de M. de Bismark, que en su profunda y nada filantrópica sabiduría, ha resuelto hacernos morir de hambre. ¡Veinte y cinco dias de vituallas para los parisienses! ha debido decirse el omnipotente ministro del rey prusiano, es imposible; yo tengo contados los dias que les faltan para entregarse y no me hallo dispuesto á prolongar el término, por ninguna causa.

No se crea que ponemos en boca de M. de Bismark palabras de nuestra invencion, que denuncian sentimientos que gratuitamente tambien le atribuimos; nada de eso, al contrario, atenuamos su inhumano plan, y para que de ello no quede duda, apelaremos á un documento publico que, aunque de fecha algo atrasada, pues se dió á luz á principios de octubre, tiene para nosotros una actualidad palpitante.

El astucioso ministro comienza por decir á la Europa que el gobierno de la defensa nacional habia rechazado las condiciones del primer armisticio propuesto directamente por M. Jules Favre, y que sobre ese gobierno debe recaer la responsabilidad de una lucha que en el dia la nacion francesa debe considerar como desesperada y sin esperanza.

Con efecto, M. de Bismark añade al balance de sus victorias la rendicion de Toul y de Estrasburgo, el sitio de Paris y la excursion de las fuerzas alemanas hasta el Loira.

Aun no habia tenido efecto la capitulacion de Metz, que habria figurado aquí como el golpe de gracia.

Despues entran los vaticinios fatídicos sobre el porvenir que le está reservado á la nacion si persevera en una lucha que la Prusia, según sus palabras, desea terminar cuanto antes, es decir, en cuanto el gobierno de la defensa nacional acceda á todas sus pretensiones.

M. de Bismark nos anuncia que en esta guerra á muerte que quiere aquel gobierno, todos los sacrificios serán inútiles y la destruccion del orden social será inevitable.

Pero ¡cuán grande es el dolor del jefe de los ejércitos alemanes por su impotencia para impedir tales desgracias!

Tratando especialmente del sitio de Paris, expresa la conviccion de que esta ciudad tendrá que rendirse tarde ó temprano.

Citemos ahora las palabras textuales:

« En el caso en que el gobierno provisional retrase la capitulacion hasta el momento en que la falta de víveres la haga necesaria, las consecuencias serian terribles. La absurda destruccion de los ferro-carriles, de los puentes y canales en un radio bastante extenso en torno de Paris, no ha detenido un instante la marcha de los ejércitos alemanes, pues hemos restablecido prontamente todas las comunicaciones que necesitábamos. Pero no hemos rehecho sino aquello que nos hacia falta para nuestras operaciones militares, y bajo este concepto las comunicaciones entre la capital y las provincias serán dificultosas durante largo tiempo.

» Así, pues, en la eventualidad de una capitulacion, le seria absolutamente imposible al jefe de los ejércitos alema-

nes el subvenir al abastecimiento de una poblacion de dos millones de almas, ni aun siquiera por un solo dia. Las cercanías de Paris en un radio de muchas jornadas de marcha, tampoco podrian ofrecer socorros á los parisienses, pues todo cuanto se encuentra en sus campos se necesita para el sustento de las tropas. De esto resultará infaliblemente que centenares de miles de individuos tendrán que morir de hambre. »

Hé ahí la prediccion del omnipotente canceller de la Confederacion del Norte; á miles caeremos en Paris por causa del hambre y en presencia del jefe de los ejércitos alemanes, que con toda anticipacion se absuelve de culpa y pena.

Es un cálculo como otro cualquiera, un cálculo frio, implacable, que forzosamente debe dar de sí el resultado que se propone el rey Guillermo.

Si Paris se atreve á resistir, M. de Bismark le rendirá por hambre.

Así se explica que la negociacion del armisticio propuesto á los beligerantes por las cuatro potencias haya fracasado tan fácilmente.

M. Jules Favre ha expuesto en una circular dirigida á los representantes de Francia en el extranjero, cómo y de qué manera la proposicion de armisticio ha fracasado ante la negativa categórica de M. de Bismark para la introduccion de víveres durante la suspension de armas.

En suma, lo que se desprende del contenido de esta circular es que la Prusia ha invocado el pretexto del abastecimiento para hacer abortar una negociacion de armisticio que, con la reunion de la Asamblea nacional, podia traer una paz que todos desean, alemanes y franceses.

La guerra es personal, y tiene por objeto el aniquilamiento, si no la destruccion de la Francia.

La Prusia, dice Jules Favre en su lenguaje siempre patriótico y enérgico, quiere destruir á la nacion francesa para satisfacer la ambicion de sus gobernantes; es un sacrificio útil á la conservacion de su poderío, y le lleva á cabo fria y calculadamente.

Por esta razon cierra sus oídos á la opinion del mundo y desdeña toda intervencion extranjera.

El gobierno, á pesar de su gran deseo de entregar en manos de una Asamblea nacional el poder que acaban de confirmar en las suyas cerca de 600,000 votos, no podia sin embargo aceptar el armisticio, si se rechaza la condicion del abastecimiento.

« Con efecto, dice la circular á que nos referimos, el abastecimiento de víveres es una condicion forzosa de toda suspension de armas aplicable á una ciudad sitiada, porque los víveres constituyen en ella uno de los elementos de defensa y quitárselos sin compensacion, es crearla una desigualdad contraria á la justicia. ¿Se atreveria la Prusia á pedirnos que cada dia su cañon destruyera un trozo de nuestras murallas sin que resistiésemos? Pues peor seria la situacion en que nos pondria obligándonos á consumir nuestras provisiones durante un mes sin batirnos, cuando ella viviendo sobre el país esperaria para continuar la guerra á que estuviéramos acosados por el hambre. El armisticio sin abastecimiento seria la capitulacion sin honra y sin esperanza. »

Y mas adelante añade:

« La Prusia nos pide un mes de nuestros víveres, lo que equivale á pedirnos nuestras armas. No, no las entregaremos sin combatir. Hemos hecho todo lo que los hombres de honor pueden hacer para detener la lucha. Nos cierran la salida; y ahora debemos solo aconsejarnos de nuestro valor, dejando la responsabilidad de la sangre derramada á los que rechazan toda transaccion sistemáticamente. A su ambicion personal pueden aun inmolarse miles de hombres, y cuando la Europa conmovida quiere detener á los combatientes en la frontera de ese campo de matanza para que se reunan los representantes de la nacion y traten de la paz, la Prusia responde: Sí; pero á la condicion de que esa poblacion que padece, mujeres, niños y ancianos, que son las víctimas inocentes de la guerra, no reciban ningun socorro, con lo cual cuando se concluya la tregua, sus defensores no podrán ya combatirnos sin hacerles morir de hambre. »

Tal es la contestacion de los jefes prusianos á la proposicion emanada de las cuatro potencias.

¿Qué harán ahora estas grandes potencias en vista de la negativa de la Prusia? ¿Seguirán negociando ó permitirán que el duelo á muerte se continúe entre las naciones beligerantes?

Los que viven de esperanzas lisongeras no han perdido aun la confianza y suponen que las negociaciones se continúan y cada dia esparcen en el público noticias que tienden á sustentar ese optimismo, peligroso en circunstancias como las presentes.

No respondemos del porvenir: ignoramos completamente en el aislamiento en que vivimos lo que se dice y lo que se hace fuera del radio de esta capital, y por lo tanto no tenemos modo de comprobar semejantes aserciones; pero en cambio vemos todos los dias los actos del gobierno, y ellos nos indican que ha pasado la hora de las ilusiones, que se moviliza la guardia nacional en número de cien mil hombres, que los fuertes de la defensa continúan haciendo oír el estrépito de los cañones y que se toman medidas como en vísperas de un gran combate.

Sí, lo repetimos, las ilusiones que han abundado tanto

desde el principio de la guerra han sido demasiado fatales para que no las miremos en la actualidad con gran desconfianza.

¡Qué de cosas ilusorias no se han dicho desde que se pusieron en campaña los ejércitos franceses y alemanes! En primer lugar el itinerario de París á Berlin no debía ofrecer tropiezos de importancia.

Después, cuando se concentraban las fuerzas alemanas en inmenso número para invadir la Francia, la prensa parisiense nos decía que la Prusia experimentaba las mayores dificultades para formar sus ejércitos, que no la seguían sus aliados, que había revolución en Munich y otra porción de invenciones.

Llegaron los ejércitos á Francia y entonces se habló de las enfermedades que sufrían y que hacían en sus filas grandes estragos.

Y á todo esto sus victorias se iban sucediendo con una rapidez vertiginosa; pero sin embargo, los optimistas estaban lejos de darse por vencidos: Bazaine triunfaba, cuando estaba bloqueado.

No hablamos aquí de las extravagancias de cierta prensa que continuamente está poniendo á prueba la credulidad pública; porque de lo contrario tendríamos que señalar la locura del rey Guillermo, que los vendedores de papeles gritaban por las calles; la carta del emperador de Rusia en la que decía al rey prusiano que cesara la guerra, y que trescientos mil hombres esperaban su contestación en las orillas del Vístula, y otras por el estilo que debían dejar muy satisfechos á sus autores, si se atiende á lo que se vendían los números de los periódicos en que se daban.

Ni el desastre de Sedan pudo poner coto á los noveleros; anuncióse entonces que había estallado en Berlin una revolución y que estaba á punto de proclamarse la república en Alemania. M. de Bismark había salido á toda prisa para conjurar la terrible tempestad que amenazaba. A todo esto las tropas prusianas iban llegando con entera tranquilidad á París y el rey Guillermo y M. de Bismark se instalaban pacíficamente primero en Ferrieres y luego en Versalles.

Por último, puesto ya el cerco á París, se inventa que los aliados del rey Guillermo están descontentos, desanimados, que no quieren otra cosa que la paz para volverse á sus casas.

¿Qué es de extrañar, pues, que no obstante las declaraciones del gobierno de la defensa nacional, los optimistas persistan aun en esparcir noticias sobre la continuación de las negociaciones de armisticio?

Así sucede, y es un mal muy grande, porque no pasa una población de dos millones de almas por alternativas de paz y de guerra con tanta serenidad que no se turbe su espíritu y ejerza esta turbación una influencia marcada en la defensa.

Que el gobierno de la defensa nacional desea la paz, es cosa sabida y probada. Pues bien; si no ha podido obtenerla con condiciones aceptables, y así lo manifiesta categóricamente y dice y repite que ha llegado la hora de los esfuerzos supremos y decisivos. ¿qué concepto merecen las noticias de carácter pacífico que son la negación de aquellas declaraciones tan terminantes?

Ahora que ya no caben ilusiones de ningún género, puesto que estamos tocando la realidad y esta es terrible, ahora que es preciso considerar la situación tal cual es, los que persisten en hablar de armisticio, de reunión de una Asamblea nacional, de plebiscito, hacen una afrentosa campaña, porque dan á entender que quieren la paz á toda costa, y una paz en tales condiciones sería la deshonra de la Francia.

Afortunadamente hay hombres autorizados que entran en la arena de la discusión con otras armas.

M. Luis Blanc acaba de dirigir un manifiesto á los defensores de París, en que trata la cuestión del armisticio como la comprende todo aquel que siente en su corazón la fibra patriótica.

No hay duda que la situación de París es punto menos que insostenible. Dos meses hace que separado del resto del mundo, se agita en las tinieblas ignorando lo que pasa fuera de sus murallas; oyendo de tiempo en tiempo vagas noticias de campos asolados, de plazas fuertes bombardeadas, de incendios y saqueos, mientras tiene delante de sí el espectro del hambre que crece cada día y la muerte que se acerca mas y mas á cada instante.

Así hemos visto que la primera probabilidad de obtener la paz ha sido saludada con regocijo; así como también cuando se ha desvanecido esta esperanza, el sentimiento ha sido grande y para muchos ha tomado las proporciones de un luto público.

Mas considerándolo bien, quizás M. de Bismark ha hecho un gran servicio á la Francia.

¿Qué papel habría sido el de una Asamblea llamada á tratar la paz con un enemigo victorioso, dueño de una parte del territorio francés, hambriento de conquistas, y embriagado de orgullo?

No habría sido otro que el de acceder á demandas vergonzosas, á exigencias implacables, si la Francia, nación de treinta y ocho millones de almas, se presentaba allí como habiendo ya renunciado á la esperanza de expulsar de su territorio á ochocientos ó novecientos mil invasores; si con medio millón de ciudadanos armados dentro de París hubie-

ra parecido reconocer que estaba vencida sin remedio, desmintiendo así su larga y brillante historia.

En suma, la alternativa era esta: tenía que rechazar condiciones vergonzosas, de cuyo modo volvíamos al estado anterior al armisticio, ó sufrir la ley del vencedor, en cuyo caso se habría firmado la paz, pero una paz precaria.

La perspectiva inmediata habría sido la guerra.

La venganza habría sido la preocupación de todas las horas, porque la Francia tendría que reconquistar el respeto de los pueblos extranjeros, perdido seguramente en una paz vergonzosa.

Estas ideas desenvuelve Luis Blanc con su estilo sobrio, claro y enérgico en su manifiesto á los defensores de París; y lejos de deplorar como tantos periodistas parisienses que haya fracasado el armisticio, lo celebra diciendo que la Francia debe dar gracias á M. de Bismark «por habernos impuesto definitivamente la feliz necesidad de vencer.» Es seguro que esta ardiente protesta contra la paz, esto es, contra una paz ignominiosa, que es la que pide á la Francia el rey Guillermo, tendrá eco en los denodados defensores de París que hace dos meses esperan vanamente los ataques de las armas prusianas.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

A MI QUERIDA.

UNA LÁGRIMA POR MÍ.

Sobre un rico confidente
En oscura estancia bella,
Ella lánguida, y yo ardiente,
Estamos solos yo y ella.

Y ya el vespertino albor
Con fantástico deslíz
Caduco ya, y sin color,
Hiende el listado tapiz.

Y difundido en la estancia
Entre las sombras se mece,
Y ya á muy breve distancia
Moribundo desfallece.

Son las perlas y diamantes
Que hace pálido lucir,
Estrellas agonizantes
Que pronto van á morir.

En el oscuro aposento
Ya desfallecido vaga,
Y lánguido, macilento,
Allá en el fondo se apaga.

Y si bien sus ojos bellos
Le pudieran alumbrar,
Los míos fijos en ellos
Quiéren su luz devorar.

Ni un solo acento sonoro
Agita el aura sutil,
Mas que algun débil «Te adoro»
Y un suspiro, y otro, y mil.

Sobre su tez, á albedrío
Se extiende su cabellera,
Cual sobre el agua de un río
La sombra de una palmera.

Ya leve se esparce y juega
Por la descubierta espalda,
Ya desmayada se pliega
Sobre la tendida falda.

Ya por su pecho nevado
Besando lasciva pasa,
Que hermosamente acabado
Bulle cual onda de gasa.

Y si en su frente se asienta
Honor de la blanca espuma,
Es la luna cenicienta
Que luce entre densa bruma.

Se apoya el pecho galano
Sobre el mío con ternura,
Y llena ¡oh placer! mi mano
Al hueco de su cintura.

La otra la redondez
Del hombro opuesto le toca,
Y en verdad que alguna vez
Se une á la suya mi boca.

— ¿Querida mía, mi bien,
Me adoras? — Sí. — El aura aquí
Murmuradora también
Va repitiendo sí, sí.

— ¿Pudiera ausencia impensada
Amortiguar tu pasión?...
Perdona, prenda adorada
Te he partido el corazón.

Con apacibles enojos
¡Ay! ya tu pecho palpita,
Y ante tus hermosos ojos
Una lágrima se agita.

Como el sol cuando allá infante
Tibio por la esfera sube,
Meciéndose vacilante
Entre húmeda parda nube.

No, hermosa, no partiré,
Deten la lágrima ardiente,
Pues mucho mas vale á fe
Que no mil perlas de Oriente.

Y si la vieres ahora
La aurora te envidiará...
Mas ¡ay! perdone la aurora
Pues cayó en mi labio ya.

Diamante endonado
De amor en tributo,
Riquísimo fruto
De tierna pasión;
No solo ardoroso
Mis labios tocaste...
Las alas quemaste
De mi corazón.

¿Por qué rica perla
Prestaste un momento
Al labio sediento
Dulcísima miel;
Si dulce gustando
El ámbar deshecho
Se torna en el pecho
Mortífera hiel?

¡Ay lágrima! dime
Si ajena de calma
Amante, su alma
Vertió acaso en tí;
Y entonces descendiendo
Al pecho amoroso...
Tendré, venturoso,
Dos almas en mí.

¡Ay gota! en mi seno
Dulcísimo, triste,
Ardiendo vertiste
Fatal destrucción;
No solo ardoroso
Mis labios tocaste,
Las alas quemaste
De mi corazón.

¿Mas, cómo inflamados
Sus dulces luceros
Despojos tan fieros
Abortan de sí?
Ven lágrima, baja
Al pecho amoroso...
Tendré venturoso
Dos almas en mí.

Cesen, cesen tus enojos
Cese tu amante agonía,
No por mi causa, esos ojos
Viertan crueles despojos,
Querida del alma mía.

Pues no paga amante fiel,
Objeto de mi pasión,

Sino con mil vidas él
Una lágrima cruel
Que sale del corazón.

Las gotas me desesperan
Con que tus soles empañas,
Menos mis tormentos fueran
Si resarcirlas pudieran
Pedazos de mis entrañas.

¡Ay, ay!... que agitando van
En mi pecho una tormenta,
Mira que encendiendo están
En mi cerebro un volcán,
Y si lloras más, revienta.

Solo en las tumbas, mi vida,
Lloran las bellas así,

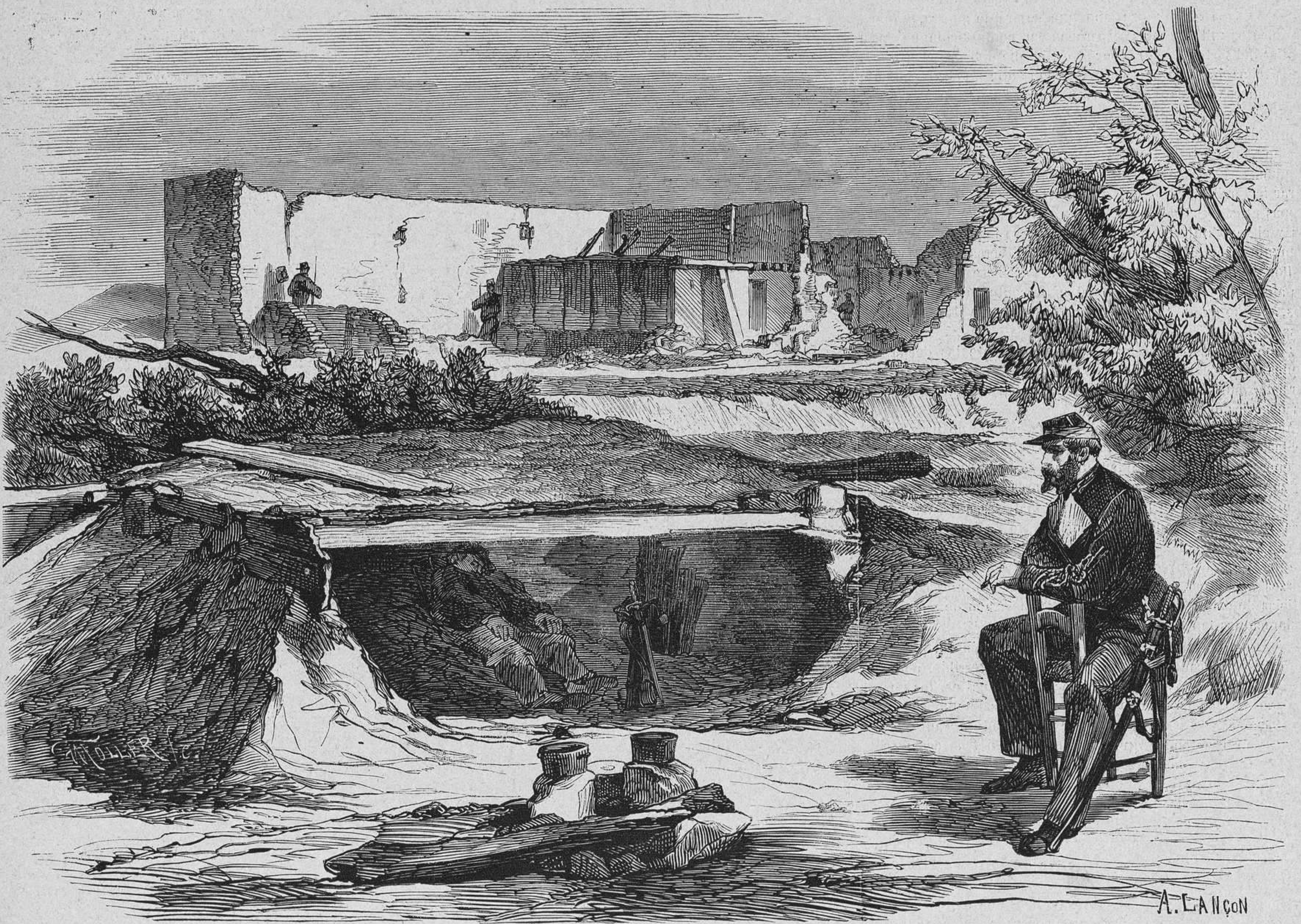
Solo en la mía perdida
Quiero que viertas, querida,
Una lágrima por mí.

RAMON CAMPOAMOR.

LA MARIPOSA.

Por el aura vagarosa
Que temple el ardiente estío,
La pintada mariposa,
Libre vuela á su albedrío
Desde el clavel á la rosa.

Sus alas de mil colores
Tiende á los rayos del sol,



SITIO DE PARIS — Puesto Tourterelle, en la Courneuve, ocupado por los francos-tiradores de la prensa, la víspera de la toma del Bourget.

Y envidian hasta las flores
De su matiz los primores,
Y su precioso arbol.

Revolotea ligera,
Sobre el lirio ó el jazmín;
Y entonces se considera
Reina de la primavera,
Y déspota del jardín.

Mariposa desgraciada,
Deten el vuelo, y advierte
Que cuando no temas nada,
Sobre el arrayán posada
Te sorprenderá la muerte.

Así el mísero mortal
Su existencia ve correr,
Y ansioso busca el placer
Donde tal vez halla el mal.

Consuma su edad florida
En frívolos devaneos,
Y no advierte en sus deseos
Que se le escapa la vida.

Igualdad tan prodigiosa
Encuentro, que, no te asombra,
O la mariposa es hombre
O es el hombre mariposa.

Tú vuelas de flor, en flor,
Él, de goce, en goce vuela,
Y que viene, no recela
Tras el placer el dolor.

Tú buscas para gozar,
Una llama vacilante;
Y no ves que está delante
La llama en que has de espirar

Así el mísero mortal
Su existencia ve correr,
Y ansioso busca el placer
Donde tal vez halla el mal.

A. M.

La cosecha de verduras en las afueras

DE PARIS.

Por orden del gobierno se permite en determinadas ocasiones el salir á recoger verduras en los campos contiguos á Paris, y no hay para qué decir que sobra gente para esta expedición que no deja de tener sus riesgos, pero que ofrece también buenos beneficios.

El domingo último á las cinco de la mañana algunos centenares de personas se reunieron en la puerta de Pantin, y así que se abrió el recinto, todas ellas, hombres, mujeres y chicos se esparcieron por las llanuras

de Pantin, de Bobigny y de Aubervilliers, donde hicieron grandes provisiones de coles y otras hortalizas.

Algunos de los expedicionarios se aventuraron hasta los límites extremos de la aldea de Aubervilliers, donde recogieron muchas alcachofas, vegetal que no se había visto en Paris desde hace algunas semanas.

A las cuatro de la tarde volvieron á entrar en Paris estos hortelanos improvisados, lo cual ocasionó en la puerta de Pantin una afluencia de gente imponderable.

Inmediatamente comenzó la venta que se hacía á precios elevados. Las coles gruesas á un franco, y las famosas alcachofas de 25 á 40 céntimos.

Y estos eran los precios de los frutereros, es decir, de los revendedores; por consiguiente, en el interior de Paris la mercancía tuvo otra subida de precio que variaba según el deseo de los parroquianos.

D. L.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 931.)

Combinado el plan de operaciones, M. Coventry preguntó á Cole cuánto tiempo necesitaria para llegar á Hillsborough.

— Puedo estar allí dentro de dos horas.

— ¿De modo que no habrá peligro en que dé yo la voz de alarma dentro de hora y media?



Entrada en Paris de las verduras recogidas en las afueras.

— No por cierto; en hora y media estaré yo fuera de su alcance.

— Quitaos los zapatos.

Cole obedeció al punto, porque comprendía la utilidad de aquella precaución.

Coventry abrió muy despacio la puerta de su cuarto y puso una luz para alumbrar al fugitivo.

Cole se deslizó por el pasillo y bajó la escalera como un gato.

Llegado al vestíbulo, encontró sin trabajo la puerta y recorrió los cerrojos.

Un instante después estaba al aire libre y escapaba con pié ligero, pero sin comprender nada de la aventura á que debía su libertad.

Coventry apagó la luz y se metió en la cama.

A eso de las cuatro de la mañana toda la gente de la casa se despertó al oír fuertes gritos seguidos de dos detonaciones de armas de fuego.

Hubo entonces una confusión indecible.

Amo y criado salieron de sus dormitorios y se precipitaron á los corredores para indagar la causa de la alarma.

Encontraron á M. Coventry de bata y en cada mano una pistola descargada.

M. Coventry dijo que despertado de repente por un gran ruido había visto abiertas su puerta y su ventana

y no había tenido tiempo mas que para correr al vestíbulo.

Allí, en medio de la oscuridad, había distinguido á un hombre que había la puerta principal y le había tirado dos pistoletazos, de los cuales el segundo creía que le había herido.

Examinando la ventana vieron la cuerda que colgaba de arriba.

Se precipitaron en el encierro y vieron que el pájaro había volado.

— ¡Ah! Yo tenía el presentimiento de que ese hombre nos jugaría alguna mala pasada.

Jorget el cochero, y otro groom, ensillaron dos caballos y salieron á escape al camino de Hillsborough.

Inútil será decir que no alcanzaron al fugitivo.

¿Cómo el preso había arrancado la barra?

¿Cómo se había proporcionado una cuerda?

Nadie comprendía este misterio.

En tanto que se perdían en conjeturas y registraban todos los rincones, M. Coventry, mas muerto que vivo, temblaba que encontrarán el destornillador de su caja de escopetas.

Felizmente para él, no le había dejado allí Sam Cole.

Quedaba la cuerda que M. Raby guardó como pieza de convicción, esperando que le ayudaría á descubrir la pista del fugitivo.

A la hora del almuerzo encontraron una bala en una de las hojas de la puerta.

— ¡Ah! exclamó M. Raby, al hombre había que dar y no á la puerta. Por lo demás, yo la marqué ayer con mis perdigones y quizás por esta circunstancia le descubriremos. Iré á Hillsborough á dar parte á la policía.

Con efecto, por la tarde fué á Hillsborough, hizo su declaración al constable y le entregó la cuerda.

El magistrado que ya tenía conocimiento del suceso, prometió hacer cuanto estuviera en su mano para encontrar al culpable.

Ahora estaba convencido de que había en Hillsborough un individuo que sabía muchas cosas sobre los manejos de las Uniones obreras y que no ganaría nada en tenerlas secretas. Lo esencial era descubrir al individuo.

IX.

LAS UNIONES OBRERAS Á LA CABECERA DE UN MORIBUNDO.

Sucedía, pues, que el atentado dirigido contra Enrique Little había dado su resultado, aunque fracasó en apariencia.

El objeto de sus autores consistía en alejar de Simmons al joven obrero; y seguramente no parecía que estos dos hombres debieran volver á verse.

Por otra parte, aquel nuevo atentado irritó á dos hombres de corazón contra las Uniones y comprometió á Grotait.

M. Holdfast y M. Ransome, se pusieron de acuerdo, visitaron á Simmons y le apremiaron para que hiciese revelaciones antes de morir.

El afilador vacilaba y repetía siempre:
— Dadme tiempo, dadme tiempo.

Grotait supo aquellas visitas y se alarmó, tanto que dió á Tucker la misión de espía para que le tuviera al corriente de lo que pasaba en el cuarto del moribundo.

Holdfast y Ransome tenían un aliado en la casa, era Elisa Watney, que siendo forastera en Hillsborough no participaba de las pasiones y preocupaciones de los habitantes.

Indignada contra el nuevo crimen cometido contra el bienhechor de su cuñado, esperaba que este no moriría sin descargar su conciencia de todo lo que podía saber acerca de aquel punto.

Así fué que cuando conoció que Simmons llegaba á su última hora, resolvió avisar al constable así como á M. Holdfast.

Sin embargo, según la costumbre de las personas de su sexo, tenía que hablar un poco.

En el camino Elisa Watney encontró á una amiga y la dijo que su cuñado se estaba muriendo y que iba á buscar á los dos gentlemen.

Dan Tucker que estaba alerta, no tardó en recoger la confianza que transmitió inmediatamente á Grotait.

Grotait corrió al punto á casa de Simmons; pero M. Holdfast se le había adelantado.

En el instante en que apareció, el celoso periodista suplicaba vivamente al afilador para que hiciese una buena acción antes de exhalar el último suspiro descubriendo los nombres de los culpables que le habían incitado á cometer el crimen.

El secretario de la Unión sin turbarse se sentó al pie de la cama y fijó sus ojos amenazadores en el moribundo.

Confuso Simmons con la presencia de Grotait respondía de una manera evasiva á las exhortaciones de M. Holdfast.

— Mi pobre Simmons, dijo el terrible secretario, tomando en fin la palabra, deberías emplear vuestros últimos instantes en decirnos lo que deseais que la sociedad haga por vuestra esposa y vuestro hijo si vive.

— Muy bien, cuento con que darán una pensoncita á la mujer hasta que se case.

— ¡Ned! exclamó la pobre mujer llorando; ¿cómo puedes hablar así? No volveré á casarme nunca.

— Harás lo que hacen todas. Cálmate un poco y déjame hablar, pues no tengo ya tiempo que perder... ¿Cuánto la señalaréis, M. Grotait?

— Seis chelines por semana.

— ¿Y qué hareis por mi hijo?

— Le pondremos en aprendizaje.

— ¿En mi oficio?

— ¡Oh! no, ya sabeis que es imposible. Vuestro hijo no será un obrero libre como vos, según nuestros estatutos; pero le elegiremos otro.

— Tengo que contentarme.

— Y gracias, dijo Elisa Watney. Ahora, Ned, ya sabeis lo que le ha sucedido á M. Little; le han maltratado hasta dejarle por muerto. ¿Puede aprobar eso? Era vuestro mejor amigo.

— ¿Quién os dice que lo aprueba?

— Entonces declarad quiénes son los culpables, pues yo creo que lo sabeis.

Grotait se puso pálido; pero su ojo de basilisco dirigió al moribundo una mirada de fuego.

— Me propusieron que lo hiciera yo, dijo Simmons, pero no quise.

— ¿Quién os hizo tal proposición? preguntó M. Holdfast.

En aquel momento M. Ransome entró en el cuarto.

— ¡Ah! otro frac negro... dijo el herido; parecen cuervos que se reúnen en torno del cadáver de un caballo.

Desde aquel instante comenzó á divagar y los dos gentlemen comprendieron que ya no le podían arrancar una palabra razonable.

Comenzaba la agonía, la respiración era jadeante y las labias de Simmons no dejaban escapar más que palabras incoherentes.

Sin embargo, M. Holdfast y M. Ransome no se apartaban de su cabecera, y Grotait fijaba en el moribundo su implacable mirada.

Un instante Simmons pareció recogerse.

— ¿Queréis saber quién me ha propuesto acabar con M. Little? exclamó con una voz apenas articulada.

— Sí, dijo M. Holdfast, y quién os pidió que echárais pólvora en la fragua.

Simmons no respondió.

Una gran lucha moral parecía combinarse en él con el combate que la vida y la muerte se daban en aquel cuerpo desfallecido.

Por fin, dijo haciendo un postrer esfuerzo:

— M. Holdfast.

— Aquí estoy, contestó este acercándose.

— ¿Sabeis guardar un secreto?

— Ciertamente.

Grotait se estremeció.

— Pues yo también sé guardarlos.

Tales fueron las últimas palabras de Ned Simmons.

Murió siendo traidor á sí mismo y á su bienhechor; pero fiel á esa terrible confederación que en medio del siglo XIX es tan temible como el consejo de los Diez lo fué en Venecia.

X.

CONTESTACION DE ENRIQUE LITTLE Á LA CARTA DE MISS GARDEN.

M. Coventry, libre de una grande ansiedad por la evasión de Sam Cole, fijó toda su atención en Gracia Garden.

Creía verla radiante por causa del gran suceso de la noche anterior, y por el contrario, Gracia bajó tarde y con las señales ostensibles de una noche agitada, esto es, con una gran palidez, y un círculo negro en torno de sus bellos ojos.

Durante el día no cambió: se mostró inquieta, irascible, presa de visibles preocupaciones.

La ciencia diplomática de M. Coventry no le servía de nada. Comprendía hasta cierto punto que Gracia esperase con impaciencia noticias de Enrique; pero ¿por qué no las mandaba á buscar por un criado? ¿por qué aquella ansiedad, aquel mal humor que nada justificaba?

Era que Gracia Garden sentía por primera vez un suplicio desconocido, los celos.

No podía soportar la idea de que otra mujer ocupaba cerca de Enrique Little el puesto que ella secretamente codiciaba; que Enrique amaba á esta mujer bastante dichosa para cuidarle y que ella misma había fomentado aquel amor.

La pobre joven luchaba en vano contra las torturas de semejante situación.

El feliz cambio sobrevenido en el destino de Enrique le ligaba las manos.

¿Podía escribirle: « Ahora que os conozco como sobrino de M. Raby ya no hay obstáculos entre nosotros? »

Habría sido á la par una ofensa para él y un oprobio para ella.

Es verdad que Gracia había podido añadir que no había esperado hasta aquel día para arrepentirse de su carta.

Si siquiera Jael hubiera venido, habría podido encargarla algún mensaje ingenioso, en el cual Enrique habría descifrado los verdaderos sentimientos de su corazón.

En medio de estas cavilaciones, la joven notó que M. Coventry la observaba, y al punto corrió á encerrarse en su cuarto á esperar que su rival se presentase.

Pero Jael no pareció en todo el día.

— ¡Ah! dijo Gracia con amargura, ¿por qué ha de venir? Tiene otra cosa en que emplear el tiempo, no es bastante loca para sacrificarse como yo me he sacrificado. Cuando tenía yo la ventaja, la abandoné voluntariamente; ahora que la tiene ella no la pierde... ¡Oh! ¡Si me volviera el turno!... ¡Pero no volverá!...

Esta conclusión la sumergió en la desesperación más acerba.

Gracia bajó, sin embargo, á la hora de la comida y trató de disimular su turbación; pero Coventry observó que había llorado.

Aun estaban á la mesa cuando el anciano criado Kinght trajo un mensaje verbal anunciando de parte de Jael, que el joven gentleman no mejoraba mucho y que el doctor Amboyne llamado á la granja le visitaría el día siguiente.

— No os alarmeis, Gracia, dijo M. Raby, pues su herida no es grave; además no podría tener mejor enfermera que esa buena moza, ni mejor médico que mi fantástico amigo el doctor Amboyne.

Al otro día M. Raby dijo á sus convidados durante el almuerzo:

— Ayer tuve que ir á Hillsborough, por lo cual no he tenido tiempo para purificar el edificio sagrado. Pero quiero consagrar el día de hoy á tan piadoso objeto. Podeis venir conmigo si os agrada.

Sin embargo, hizo la invitación con un tono tan lúgubre, tan poco cordial, que M. Coventry que era muy cortésano, creyó deber negarse por discreción, alegando que aquel acto debía tener pocos testigos.

Gracia por el contrario, aceptó muy gustosa.

— Yo iré, dijo la joven, y M. Raby sabrá ciertas cosas que le harán indulgente por la profanación de que se trata.

— Tanto mejor, contestó el squire, pues lo que es ahora estoy muy irritado.

M. Raby y Gracia fueron pues á la iglesia.

A la mitad del camino oyeron una voz que les llamaba; era la voz del doctor Amboyne que volvía de visitar á Enrique Little.

Se detuvieron y el doctor se reunió con ellos y los acompañó. La conversación giró sobre el sacrilegio que M. Raby echaba en cara á Enrique Little.

El doctor tomó la defensa de su enfermo, diciendo que la iglesia no servía al culto hacía muchos años, lo cual excitó el mal humor del squire.

Gracia cortó la discusión preguntando al doctor cómo se hallaba Enrique Little.

— ¡Oh! dijo M. Amboyne, ha recibido fuertes contusiones, pero no está de peligro, y además se halla en buenas manos. Cuando salí me acompañó algunos pasos con su enfermera, y os juro que no he visto en mi

vida más bella pareja. La moza como las antiguas estatuas de Venus, es hermosa y robusta sin exceso. El rostro vigoroso y esbelto me parece el tipo de Marte.

— ¡Oh! doctor, exclamó Gracia con un despecho mal disimulado ¿cómo podeis hablar así?

— Cuento mis impresiones, ni más ni menos. El mozo se apoyaba sobre su hombro y ella le miraba con unos ojos que no eran crueles... Tanto que me dió que pensar...

— ¡Cómo! exclamó M. Raby; ¿queriais casar á mi sobrino con la hija de un labrador?

— ¿Por qué no? Si me llamaran á dar mi opinión le dejaría que se casara como lo entendiera. ¿Qué dice de esto miss Garden?

— Lo diré con una condición.

— ¿Cuál es?

— Que me guardeis el secreto.

— Podeis contar con mi discreción.

Gracia acortó el paso para quedarse un poco detrás de M. Raby, y luego se inclinó al oído del doctor y le dijo:

— Os aborrezco.

Y sobre esto se adelantó para tomar el brazo del squire.

El doctor se quedó confuso un instante; pero muy pronto una sonrisa asomó á sus labios: había comprendido.

Los tres personajes entraron en la iglesia y se dirigieron hácia la fragua.

M. Raby con los brazos cruzados sobre el pecho contempló en doloroso silencio las profanaciones operadas en el lugar santo por el hijo de su hermana.

En cuanto al doctor Amboyne buscaba con más interés las señales del combate.

— Aquí fué donde arrojó carbones encendidos al rostro de sus enemigos, según me ha contado. ¡Ah! un charco de sangre en el suelo... Aquí derribó á uno de un martillazo... ¿Qué veo? manchas de sangre también en ese armario de la sacristía...

El doctor Amboyne abrió el armario y encontró la prueba de que el herido se había escondido allí; sin duda sus compañeros habían vuelto á buscarle por la noche.

M. Raby examinó también el interior del armario y reconoció que el doctor tenía razón.

— ¡Qué lástima que no registráramos! Habríamos encontrado al tunante... Pero yo deseaba salir del teatro de las escenas sacrílegas... ¡Mirad, mirad, la tumba de un caballero cambiada en horno!... Esas herramientas, esas barras de hierro, esos montones de carbon en el altar, ese banco mutilado á que ataba su caballo...

El squire prosiguió la enumeración con una solemnidad que acabó por impacientarse á miss Garden.

— M. Raby, dijo la joven, permitidme que añada á todos esos sacrilegios una escena no menos profana. Figuros en una horrible noche de tormenta á dos pobres personas, un hombre y una mujer, perdidos en la nieve y reducidos á morir sin socorro al cabo de mil esfuerzos impotentes.

De pronto la joven á punto de espirar, ve brillar una luz y oye el ruido de un martillo, se arrastra con gran trabajo hasta la puerta de esta iglesia y cae desmayada lanzando un grito de agonía... Cuando recobró el sentido estaba sentada donde vos estais, reanimada por el calor del horno y dos manos caritativas la prodigaban los cuidados más atentos... Si, señor, me salvó la vida y M. Coventry también le debe la suya... Por esto no puedo oír vuestras acusaciones... Maldecid su fragua, su yunque y su martillo; yo los bendigo y vos deberiais bendecirlos también si me tenéis algún afecto.

M. Raby permaneció un instante estupefacto y luego dijo con voz conmovida y arrepentido.

— ¿Por qué no me habeis dicho antes todo eso, mi querida Gracia?

— Porque le había prometido el secreto. ¿Queriais que hiciese traición á mi bienhechor?

— Sois una buena muchacha y como os tengo algún afecto, perdono todos aquellos sacrilegios, puesto que han salvado la vida de un ángel. Vamos ¿os poneis á llorar ahora?

— No, contestó Gracia sofocando su sollozo.

La joven negaba, pero lloraba abundantemente.

Aquella escena que tanta impresión la había causado, aparecía más viva que nunca en su memoria; evocaba todos aquellos recuerdos y creía oír aquella música del amor que tan dulcemente había resonado en su oído, adorada misión que había ahuyentado en un momento su error, aurora de una felicidad que había destruido con sus propias manos.

Esto era principalmente lo que la hacía llorar.

En tanto que Gracia se abandonaba á su emoción, M. Raby que no cesaba de observar, lanzó un grito de sorpresa diciendo:

— ¿Qué es eso? ¡una inscripción tumular que puede leerse!... Pues si estaba casi borrada... Mirad, doctor.

— Otro sacrilegio; contestó el doctor.

— ¡Dios me perdone! El la ha restablecido. Leamos:

Edith Little, hija de Roberto Raby y de su esposa Leah Dence.

— ¡Cómo! ¡Los nobles Raby se habrían enlazado con los humildes Dence hace tres siglos!

— Probablemente, dijo el doctor, sería algún hijo segundo. ¡Qué lástima que esa inscripción no se haya descifrado treinta años antes! No le hace; lo que yo

deseo es una justicia tardía para mi protegido. Convenid conmigo en que no es un hombre ordinario. De día esculpe en madera y se consagra a una tarea filantrópica de la cual os hablaré en otra ocasión; de noche forja herramientas como no ven otras mejores en Hillsborough, y en los intervalos salva existencias preciosas, se bate como un león, restaura inscripciones y rectifica las nociones genealógicas de su tío que pasa por una autoridad. ¿Qué os parece mi hombre, M. Raby?

— Y podeis añadir, dijo el squire, que aun tiene tiempo para escribir cartas. Hé aquí una dirigida á miss Garden.

— ¡Una carta para mí! exclamó Gracia con gran sorpresa.

— Sí, una carta que acabo de encontrar sobre ese banco.

Gracia alargó la mano vacilando, sonrojándose y palideciendo sucesivamente.

— Pareceis sorprendida, dijo el squire, y yo no lo estoy menos. ¿Qué puede tener que deciros?

— Es sin duda la contestación á mi carta.

M. Raby no podía dar crédito á sus oídos y caminaba de sorpresa en sorpresa.

Miss Garden turbada con aquella mirada escudriñadora, balbuceó esta explicación.

— M. Little me salvó la vida y yo quise manifestarle mi gratitud. Habia creído observar que simpatizaba con Jael, y como yo quiero mucho á Jael, la envié á él con una carta, en la que le decia que ninguna otra era mas propia para hacer su felicidad.

M. Raby se mordió los labios.

— ¡Singular intervencion por parte de una jóven lady! dijo secamente. En todo caso, siento que le háyais sugerido semejante idea.

— Lo siento tanto como vos, repuso Gracia en un acceso de sinceridad. Os suplico que me perdoneis, soy bien desgraciada.

Y la jóven ocultó su rostro en sus manos.

— Tranquilizaos, os perdono. Desgraciadamente yo no sabia nada de todo eso cuando confié ese jóven á los cuidados de Jael. ¡Qué imprudencia!... ¡Y ahora encuentro un antecedente que autoriza una alianza con los Dence!

— En la vida no hay mas que chascos... Tendria curiosidad de saber lo que os dice... Pero ¿en dónde está la carta? Ha desaparecido.

— La he guardado, dijo Gracia con tono suplicante.

— ¿Queréis enseñármela?

— ¿Exigís que os la lea?

— ¿Por qué no? Soy su tío y él es mi heredero segun la ley; tengo derecho para saber cuáles son sus proyectos de matrimonio.

Gracia inclinó la cabeza y con mano trémula sacó la carta de su seno.

Aquel papel contenia quizás la sentencia de muerte de su corazón y le parecia muy cruel leerle á aquellos dos hombres.

Sin embargo, la jóven apeló á todo su ánimo, y disimulando sus torturas lo mejor que pudo, abrió lentamente la carta.

XI.

EL ORGULLO DEL NOBLE EN EL OBRERO.

La carta decia así:

« Me aconsejais que me case con una mujer que me designais, cuando amo á otra y me decís que ese es el medio de ser dichoso. No creo en la eficacia de un medio semejante. En todo caso desdeñaria una felicidad que he de obtener á tanta costa.

» Vuestro bien triste y apasionado servidor,

» ENRIQUE LITTLE.

» P. D. ¿Queréis esperarme dos años? »

Gracia que naturalmente estaba sobre la defensiva, leyó la carta lentamente como deletreando las palabras.

Cuando llegó al fin se contentó con decir, en vez de las palabras textuales, « vuestro, etc. »

En cuanto á la postdata la suprimió completamente.

Después metió la carta en el sobre, diciendo con una indiferencia afectada:

— ¡Oh! si ama á otra es muy distinto.

— Pues es justamente lo peor, exclamó M. Raby; en la sociedad que frecuenta no encontrará nunca mejor esposa que la hija de Dence. ¿A quién diables puede amar? A alguna chica de fábrica.

— Esperemos que no, contestó Gracia con tono muy severo.

Pero el doctor Amboyne observó que las mejillas de la jóven se encendian y que sus ojos brillaban como diamantes.

Sin dar tiempo al doctor para que prosiguiera sus observaciones, Gracia se volvió y fingió examinar con atencion las curiosidades de la antigua iglesia, hasta el momento en que no creyendo ya que la espiaban, se deslizó hasta el cementerio.

Allí sacó la carta del sobre, la volvió á leer y la besó con pasión repetidas veces.

Al regresar á casa se mostró contenta como nunca. El doctor Amboyne no conservó ya ninguna duda.

— Mi querida miss Garden, dijo cuando llegaron á Raby-hall, tengo un favor que pediros. Necesito una hora de conferencia con M. Raby. ¿Queréis cuidar de que no nos interrumpen?

— Con mucho gusto; pero me vais á decir de qué punto teneis que tratar.

— Se trata de M. Enrique Little.

— ¿Y qué teneis que decir?

— Quiero hacer progresar sus asuntos al mismo tiempo que mi idea fija.

— ¿Cuál es vuestra idea fija?

— El bienestar de una porción de tunantes.

— Perfectamente, es en efecto una idea fija, como dicen que las tienen los locos. Pero si debe aprovechar á M. Enrique Little, no tengais cuidado, que haré centinela y alejaré á los importunos.

Cumpliendo su promesa miss Garden tomó su labor y se sentó en la sala, adonde muy luego llegó M. Coventry que encontró á la jóven de muy buen humor.

Gracia le dijo que hacia centinela por el doctor Amboyne y por su idea fija.

— ¿Y qué idea es esa, y por qué razon puede interesaros?

— Se trata del bienestar de una porción de tunantes...

Y la jóven soltó una estrepitosa carcajada.

M. Coventry la miró con sorpresa.

No podia comprender aquella alegría insólita en la cual vio un nuevo capricho de su prometida.

Sin tratar de adivinar la causa, recogió ciegame los beneficios, pues nunca habia encontrado á la jóven tan amable ni tan accesible á sus galanterías.

Entre tanto el doctor queria probar á M. Raby que era un hombre extraordinario su sobrino; y en apoyo de su tesis, contó la lucha de Enrique contra las Uniones obreras de Hillsborough y por fin sacó el trabajo que el jóven obrero le habia entregado aquel mismo dia.

Justamente Enrique le tenia en el bolsillo durante el combate que habia sostenido en la antigua iglesia.

¿Qué protesta tan elocuente contra aquel acto de barbarie!

El escrito tenia por título:

La vida, el trabajo y el capital en Hillsborough.

Dividíase en dos partes, al menos en lo que tocaba á la vida, la única de las tres grandes divisiones del texto tratado en el escrito.

En la primera division exponia los males que ejerce entre los trabajadores la industria de los afiladores; y en la segunda los medios de remediar aquellos males por la triple cooperacion de los amos, de los obreros y de la legislatura.

M. Raby leyó aquel trabajo de un cabo á otro sin dar ninguna señal de aprobacion.

— ¿Qué pensais de vuestro sobrino? preguntó el doctor cuando se acabó la lectura.

— Pienso que está loco, si le ocupan tanto las cuestiones de la vida ó la muerte de esas gentes.

— La locura es mia, no suya. En el fondo creo que todo eso le importa tanto como á vos. Lo que ante todo desea es ser amo en vez de ser obrero. ¿Qué decís de su ambicion? ¿Queréis favorecerla y de paso fomentareis mi idea fija?

— ¿Esto es, sumergiros á los dos mas profundamente, á vos en vuestra locura y á él en la industria? Jamás. No me intereso en vuestras quimeras y aborrezco á la industria. Pero hé aquí lo que estoy dispuesto á hacer por ese jóven; si su madre y él quieren hacer justicia á mi conducta pasada, estoy dispuesto á recibirlos en casa, vivirá conmigo como un gentleman; tomará el nombre de Raby y será mi heredero.

— ¿Hablais de veras?

— Muy de veras.

— Pues escribid, que yo me encargaré de la carta.

M. Raby se sentó á la mesa y trazó las siguientes líneas:

« A M. Enrique Little:

» Los sucesos de estos últimos dias me parecen muy propios para apagar resentimientos siempre deplorables cuando se elevan entre los miembros de una misma familia. Aprovecho esta ocasion para deciros que si vuestra madre, despues de haber oido vuestro parecer, quiere arrojar una mirada sobre lo pasado y considerar los deberes que me correspondian como tutor, hará justicia á mi conducta y me honrará todavia con su estimacion. Una vez obtenido tan feliz resultado, me prometo que no os negareis á habitar en mi casa, donde tendreis una vida que creo os indemnizará de las pruebas que hasta aquí habeis sufrido, mientras heredais mi nombre y mi fortuna.

» Soy con estos sentimientos, vuestro afectísimo,

» GUY RABY. »

— Leed, dijo el squire.

Amboyne leyó y aprobó, no sin exhalar un hondo suspiro.

— Vamos, está visto que mi pobre idea no tiene suerte.

— Otro encontrareis que os sirva para el caso.

El doctor al salir atravesó la sala en donde estaban miss Garden y M. Coventry.

La jóven le preguntó si la conferencia estaba terminada.

— Sí, dijo el doctor, y con el mejor resultado.

Y al hablar así, llamó aparte á la jóven y la leyó la carta de M. Raby.

Los ojos de Gracia brillaron de alegría.

— ¡Cuán noble es y cuán bueno sois vos! Ahora, doctor, corred, volad...

— ¡Qué impaciencia! No tengo alas, y además, esas prisas no convienen á mi edad ni á mi carácter.

Este alegre coloquio fué interrumpido por un criado, quien anunció al doctor que le estaban preparando un carruaje.

— Así se conciliará todo, dijo Amboyne despidiéndose de miss Garden.

La jóven evitó á M. Coventry y corrió á encerrarse en su cuarto.

Todo induce á creer que no se durmió, pues cuando volvió el doctor al cabo de una hora, Gracia fué la primera persona que encontró en el vestíbulo.

— ¿Qué hay? preguntó con presteza.

— Que no quiere aceptar, contestó Amboyne.

— ¡No quiere aceptar! repitió aterrada la jóven.

— Así es.

— ¿Y qué dice?

— Que le repugna dejar su género de vida para esperar la sucesion de un hombre vivo.

— ¡Oh, doctor! pero bien estábais allí para aconsejarle.

— Os confieso que yo tambien me veia apurado.

— Hay mucho que decir en pró y en contra. El doctor fué á ver á M. Raby; pero al alejarse oyó á la jóven que murmuraba:

— ¡Ah! Si hubiera pensado en mí...

La contestación de Enrique Little estaba concebida en estos términos:

« M. Raby:

» Os doy gracias por vuestro ofrecimiento, que me colma de alegría por la razon de que seré dichoso si os veo reconciliado con mi madre; pero en lo que toca al cambio de vida que resultaria para mí, permitidme que no acepte. Quiero permanecer fiel á mi posición, tanto mas cuanto tengo esperanzas de ser pronto amo en vez de obrero. Así no os avergonzaré mas, porque viviré como un gentleman. Yo sí me avergonzaria de mí mismo, si renunciase á mi industria y á mi independencia para pasar el tiempo esperando vuestra sucesion. Este seria un oficio mas vil que todos los que se ejercen en Hillsborough. Dispensad mi franqueza, quizás un tanto ruda en la forma, pues no conozco aun ni los modales ni el estilo del gran mundo; pero no por eso os agradezco menos vuestra oferta, así como tambien vuestro generoso auxilio contra los miserables que me atacaron tan villanamente.

» Vuestro respetuoso

» ENRIQUE LITTLE. »

Al leer esta carta, M. Raby se puso pálido de ira. Plegó el papel, le puso con el de su hermana, que guardaba en su escritorio, y luego volviéndose hacia el doctor le dijo:

— Ahora os voy á suplicar una cosa y es, que no pronuncieis jamás delante de mí el nombre de Little.

El doctor Amboyne salió muy pensativo.

Aquel mismo dia M. Garden escribia de Londres á su hija y la anunciaba su regreso á Hillsborough en la mañana siguiente.

Gracia enseñó la carta á M. Raby, quien dió orden para que preparasen un carruaje á la hora debida.

Aquella marcha tan precipitada fué un golpe muy penoso para la jóven.

Sentia tener que dejar la estancia de Raby-hall que la acercaba á Enrique Little, y que al proporcionarla ocasion de verle, la infundia esperanzas de reanimar con algunas palabras la llama que tan imprudentemente habia tratado ella de apagar.

Habria querido escribirle para retractar su primera carta; pero no se atrevia y no sabia qué partido tomar.

Agitada y descontenta de sí misma, se despidió del squire y de M. Coventry con las mas tristes disposiciones de ánimo.

Cuando el coche se encaminaba á Hillsborough pasó por delante de la granja de Cairnhope.

Era la postrera esperanza de la jóven.

La casualidad se declaró en su favor; justamente Enrique estaba sentado á la puerta.

El corazón de miss Garden latió violentamente.

— Pero ¡ay! dolorosa compensacion; Jael Dence hacia compañía al enfermo y le miraba con cariño mientras se ocupaba en su labor de aguja.

Gracia no pudo soportar tanto: mandó detener el carruaje.

XII.

EL OBRERO CONVERTIDO EN AMO.

Muy descorazonado se hallaba en aquel momento Enrique Little. Pálido, debilitado aun por el combate tan desigual que habia sostenido, y con el brazo colgado de

un pañuelo, miraba con ojos tristes su fragua inactiva arrinconada en el patio.

Además pensaba que Gracia estaba en Raby-hall con M. Coventry, y como ella, sufría todas las torturas de los celos.

Pero las negras ideas del jóven se desvanecieron en un rayo de felicidad cuando vió que el coche se paraba y que Gracia le dirigía, sonrojándose una encantadora sonrisa.

— ¿Estais mejor, M. Little? le preguntó con una voz suave y armoniosa.

— Algo mejor, mil gracias, contestó Enrique; pero ya veis que no puedo trabajar.

— ¡Trabajar! ¿Y para qué? ¿Por qué no aceptais el ofrecimiento de M. Raby?

— ¿Me estimarais mas si le aceptase?

— No, confieso que no, porque eso cambiaria vuestro carácter. ¿Vendreis á vernos á Woodbine-villa? Pensad que tenemos muchas cosas que decirnos.

— ¿De modo que me dais permiso para que me presente en vuestra casa?

— Seguramente.

— ¿Y me esperareis dos años? añadió Little bajando la voz é inclinándose hácia miss Garden.

— ¡Dos años! dijo Gracia sonrojándose; espero que

vendreis á verme antes de dos dias. Pero decidme, ¿habeis reflexionado en el consejo que os daba en mi carta?

— ¡Ah! No tengais cuidado, que no le seguiré, podeis creerlo.

— ¿De veras? repuso Gracia echando una mirada de reojo á Jael Dence.

— Muy de veras.

— En ese caso, hasta la vista.

Y por orden de Gracia el cochero continuó el viaje, dejando al herrero extasiado.

No habia respondido á la pregunta, pero sus miradas elocuentes decian mas que un largo discurso.

Al otro dia el doctor Amboyne llegó á caballo á la granja con un pliego en la mano, que agitaba con aire de triunfo.

Era una comunicacion de la Sociedad filantrópica.

El comité, poseido de admiracion á la lectura del informe de Enrique Little, proponia que se le adelantaran 500 libras para que se estableciera como amo, bajo la condicion de que aplicase en sus talleres las reformas indicadas en el informe.

El préstamo se hacia sin interés, y la época del reintegro quedaba subordinado al éxito de la empresa.

El doctor Amboyne estaria encargado de inspeccionar

los libros de la fábrica y de cerciorarse de la ejecucion de las condiciones.

Además, venia adjunto un proyecto de tratado donde se expresaba circunstanciadamente y con la forma legal, la estipulacion que hemos señalado en sustancia.

Enrique no podia creer en su fortuna.

Pero no cabia duda; los términos del tratado eran claros y explícitos.

— ¡Ah! doctor, exclamó, habeis realizado el primero de todos mis sueños, pues reconozco aqui vuestra mano.

— Seguramente, he influido un poco, y me movian á ello dos motivos, vuestro interés y mi idea fija. Pero dejemos los comentarios, démonos la mano y decidme cuándo quereis comenzar. Estoy deseando ver planteado el negocio.

— Yo comenzaré en cuanto tenga el dinero.

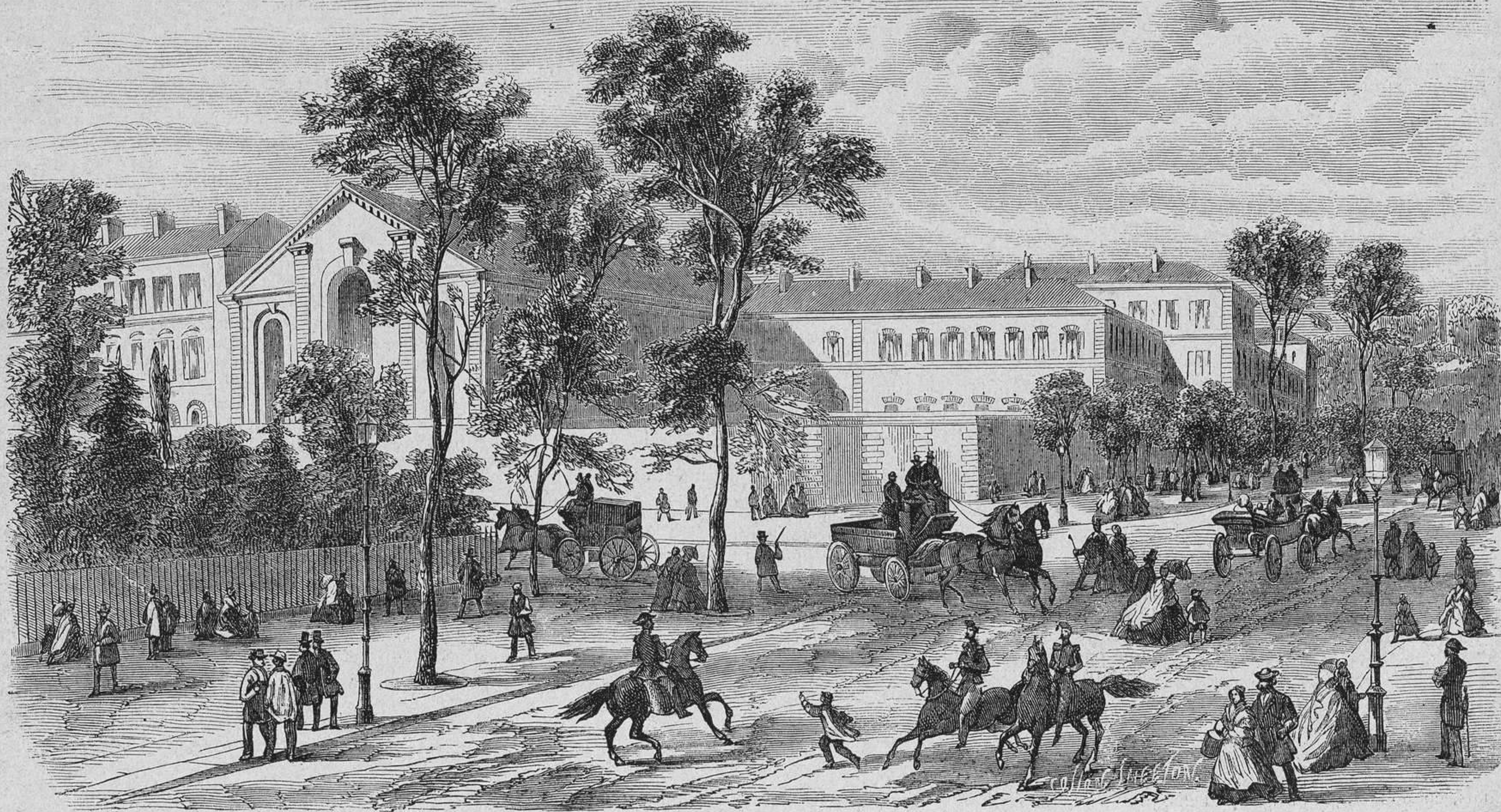
— Pues le tendreis así que se haya concluido el tratado. Llamad á los testigos y firmad.

Llamó á Jael y á su padre.

Leido en presencia de los testigos y revestido de las formalidades legales, era ya ejecutorio.

El doctor, en el colmo de la alegría, le llevó á Hillsborough, dando cita á Enrique para la mañana siguiente.

Jael participaba sinceramente de la felicidad de su



El cuartel de los exploradores Franchetti, en el muelle de Orsay.

jóven amigo; pero no habia en aquella amistad nada que pudiese excitar los celos de Gracia.

Desde que habia reconocido en Enrique Little al sobrino de M. Raby, conocia muy bien cuán grande era la distancia que los separaba, y á despecho de sus protestas no le llamaba mas que el jóven squire.

Al otro dia Enrique Little abrazaba á su madre, que no le veia sin emocion despues de los peligros que habia corrido, y que sabia por el doctor Amboyne.

No hay necesidad de decir con qué avidez Mrs. Little escuchó la relacion de los sucesos de aquellos últimos dias.

La negativa que opuso su hijo al ofrecimiento de M. Raby la causó un pesar muy grande.

— Ahora ya jamás nos perdonará, dijo; y luego, si amais á miss Garden, era el modo mejor de obtener su mano.

— ¿Por qué os atormentais, querida madre? Ya la obtendré sin eso. Y luego debó deciros que me repugna mucho esperar con las manos en los bolsillos la muerte de mi tio; seria un papel indigno de vos y de mí.

Enrique fué á casa del doctor Amboyne, donde encontró las 500 libras esterlinas.

Como nunca habia poseido tal cantidad, no tomó mas de cien libras y dejó lo demás en manos del doctor, que

debía entregarle fondos á medida que los necesitara.

Parecia que la suerte se declaraba ya en su favor.

Por una de esas ocasiones que rara vez se encuentran en los negocios, el jóven industrial compró con ventaja un establecimiento de un maestro que habia quebrado.

No queriendo abarcar mucho, desde luego limitó mucho el trabajo de su casa.

Una importante cuestion quedaba por resolver.

¿Qué actitud tomaria respecto de las Uniones obreras? No tuvo que pensarlo mucho tiempo.

Grotait se presentó y le dijo que sentia mucho el ataque de que habia sido víctima, á la par que le felicitó por verle establecido por su cuenta.

— Era precisamente lo que yo queria proponeros hace algunos dias, cuando ni siquiera quisisteis oirme, ya os acordareis. La única condicion que exigiamos era que vendiéseis en Lóndres vuestras herramientas de esculpir en vez de venderlas en Hillsborough.

— ¿Y con eso quedaria yo bien con las Uniones?

— Sí por cierto; nosotros protegemos contra la concurrencia á los obreros, no á los amos. Además, si deseais evitar dificultades, una vez que prepareis las herramientas en vuestra fábrica, enviadlas á Parkin á que las ponga mangos.

— No tengo inconveniente.

— Pues dadme la mano, y lo pasado pasado.]

Se dieron un apretón de manos, y al cabo de algunas horas todo Hillsborough sabia que estaba arreglada la cuestion de Enrique Little con las Uniones.

Las experiencias del amo filántropo fueron objeto de todas las conversaciones.

Nada de esto diremos por ahora.

XIII.

EN EL BAILE Y EN LA CALLE.

Enrique se presentó dos veces en casa de miss Garden sin encontrarla.

La tercera vez la halló en conferencia con una jóven amiga acerca de un baile que M. y miss Garden pensaban dar próximamente.

Entré dos señoras el asunto en cuestion ofrece bastante importancia para que se trate de otra cosa, y así fué que Enrique no halló modo de tomar parte en la conversacion.

Se continuará.)

El cuartel

DE LOS EXPLORADORES FRANCHETTI.

La necesidad de dar alojamiento á los defensores de Paris, ha hecho que se aproveche para cuartel de los exploradores de caballería Franchetti, un bonito edificio del muelle de Orsay donde estaban las caballerizas imperiales. Este edificio se eleva en el muelle de Orsay; la fachada principal se prolonga mirando al rio, y uno de sus lados sigue el boulevard del Alma.

La fachada está representada por un cuerpo de construcción que forma un cuadrado largo, aislado de lo restante del edificio por un espacio que se ha quedado vacío. Esta construcción es de piedra y sin ornatos, y se compone de un piso bajo, un entresuelo y un primer piso. A la derecha bajando el muelle, dos pabellones continúan la fachada con sus bonitas techumbres de ladrillos; á la izquierda los pabellones no están concluidos todavía.

En el centro del edificio una puerta monumental da entrada al patio de honor.

No hay para qué decir que todo el interior estaba apropiado al destino especial del edificio y con todo el lujo imaginable.

Actualmente las suntuosas caballerizas del emperador sirven, como hemos dicho, de cuartel al cuerpo de caballería de los exploradores Franchetti, que tantos y tan buenos servicios está prestando á la defensa.

R. S.

M. Dupuis,

FUNDADOR DE LA ASOCIACION MÚTUA DE LA GUARDIA NACIONAL.

La organización de la guardia nacional de Paris ha dado nacimiento á una institución patriótica que merece recomendarse seriamente como una de las obras más dignas de atención.

Con efecto, ¿cómo no pensar en aquellos que mueren por la defensa del país? ¿Cómo no pensar en una aglomeración de 300,000 hombres, en sacar partido del principio de la asociación que es tan fecundo?

Bajo el título de *Asociación mútua de la guardia nacional*, los iniciadores de esta institución han querido establecer un lazo de mancomunidad entre todos



M. Dupuis, fundador de la Asociación mútua de la guardia nacional del Sena.

los miembros de la guardia nacional, reunidos hoy para contribuir á la defensa.

Es una obra de mutualidad y de filantropía exenta de todo interés personal, despojado de toda idea de lucro y de especulación y cuyo objetivo es el bien que quiere hacer á los socios.

Basta precisar sus actos para comprender todo el valor de tan preciosa creación.

La *Asociación mútua de la guardia nacional* se propone:

- 1º Asegurar la subsistencia de las viudas é hijos de los combatientes que mueran en el campo del honor;
- 2º Socorrer á los guardias nacionales heridos y reducidos á la imposibilidad de trabajar;
- 3º Garantir á los supervivientes un socorro en su vejez.

El capital se divide en partes de 25 francos y cada adherente toma tantas partes como desea.

Al fin del sitio de Paris, el importe de las divisiones se dividirá en dos porciones iguales con el destino siguiente:

La primera será distribuida entre los heridos, y todos los que tengan derecho á la sucesión; la segunda se empleará en renta 3 p. 100 del Estado y los intereses se entregarán cada año á los guardias nacionales que sobrevivan.

Esta es la parte de mutualidad pura de la institución;

pero la Asociación mútua recibe todos los dones filantrópicos que se la hagan.

La obra benéfica de que tratamos ha tenido por iniciador á M. Dupuis, cuyo retrato damos. La acogida que han hecho á su idea todos los batallones prueba la excelencia de la fundación. ¿Cómo no interesarse por la suerte de las viudas y de los defensores de la patria? Al defender lo presente se debe pensar en lo porvenir. Concluiremos diciendo que esa generosa idea fructifica como una buena semilla, y que ya ha reunido una cifra de suscripciones que se eleva á la suma de 80,000 frs.

R. DE M.

El cuartel de la Pepiniere.

Cuando en 1749 los oficiales de la Moneda hicieron valer sus derechos sobre la parte norte de Paris, que desde la iglesia de San Felipe del Roule se extiende hasta la avenida de los Campos Eliseos, la *pepiniere* (plantel) del rey que se hallaba en aquel sitio y que era célebre sobre todo por el segundo cedro plantado por Jussieu, fué trasladada á la otra parte del puente.

Muy luego se abrió una calle, que se llamó de la Pepiniere, á lo largo de aquellos jardines, que suministra-

ban á Tullerías y á las demás casas reales árboles, arbustos y flores.

La calle á su vez dió su nombre al cuartel que forma el ángulo con la nueva Avenida Portalis, y que se encuentra á su derecha, cuando se llega de la Magdalena hácia la mitad del boulevard Malesherbes.

El cuartel de la Pepiniere ocupa un espacio de unos nueve mil metros cuadrados y forma un paralelogramo de ciento treinta metros en sus dos lados, los cuales constituyen las dos alas principales del edificio.

Cada una de estas alas está cortada á su mitad por un pabellon, y los pabellones que sobresalen de las construcciones, tienen un piso más y les corona una especie de cúpula cuadrangular, en cuyos ángulos se ven trofeos de armas sostenidos por genios infantiles.

El cuartel de la Pepiniere no tuvo en un principio más que un ala, la que da á la calle del mismo nombre; la otra se construyó en los últimos tiempos con arreglo al mismo plan y á la misma arquitectura, al menos exteriormente.

¿De qué época es este edificio? No podría decirse con exactitud, puesto que ningun historiador le menciona, si sobre la antigua puerta de entrada no hubiera dos trofeos de armas en medio de los cuales se ostenta un sol difundiendo sus rayos.

Este sol todos le conocemos.

La entrada principal del cuartel que cae ahora á la



El cuartel de la Pepiniere. — Fachada del boulevard Malesherbes.

Avenida Portalis, se compone de una gran verja de hierro y de otras dos menores, reunidas con la principal por dos pabelloncillos que sirven de habitación al guarda-portero. Las dos últimas verjas van á reunirse con los dos pabellones de las dos alas principales del edificio y forman así el tercer lado del paralelogramo, el cual tiene de largo 70 metros.

Finalmente, el cuarto lado es una construcción de menos importancia por sus dimensiones, donde se reúnen los oficiales del cuartel para hacer sus comidas.

El patio formado por el paralelogramo está plantado de una doble hilera de árboles que interrumpen la monotonía de tan vasto espacio.

¡Qué de tropas han pasado por este cuartel desde su construcción hasta el día de hoy, y en cuántos acontecimientos de la historia de París figura su nombre!

Para hablar solo de los sucesos relativamente modernos, principiaremos por decir que hasta 1830, antes de la revolución de julio, el cuartel de la Pepinière estuvo ocupado sucesivamente por los regimientos de la guardia real.

El 28 de julio fué tomado por el pueblo de París, en tanto que el regimiento alojado en él combatía en Tullerías y ocupaba una parte del boulevard de los Italianos. El coronel de este regimiento pereció asesinado por un pilluelo de París que le tiró á quemarropa cerca de la calle de Choiseul.

Después de 1830 el cuartel de la Pepinière fué ocupado por los regimientos de línea, y cuando proclamado el imperio, se creó la guardia imperial, sirvió para los regimientos de esta guardia hasta el 15 de julio de 1870.

La guardia imperial salió á formar parte del ejército del Rin; y entonces el aspecto del cuartel cambió completamente, pues vino á convertirse en depósito donde se han formado sucesivamente la mayor parte de los nuevos regimientos con los cuales se ha reconstituido el actual ejército de París. Zuavos, cazadores de infantería, tropas de línea, guardias movilizadas, todos se han alojado mas ó menos días en ese cuartel histórico que se ve representado en nuestro dibujo.

R. S.

De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuacion.)

Es verdad que á veces sentía como un remordimiento de duda, pensando si parte de aquel ídola entusiasmo no tenía su fundamento en los atractivos exteriores, si tal vez no la amaba así, no tanto por la bondad de su alma y por la desgracia de su posición, cuanto porque era para él cada vez mas vivamente admirada como la mas hermosa mujer que se había presentado á sus ojos.

Pero la respuesta que su propio corazón le daba solía dejarle, si no satisfecho, complacido. Era Enrique sinceramente y sin hipocresía, ídola de la belleza; amaba la hermosura con la convicción razonada de que es la expresión divina de la bondad y de la perfección en todas las criaturas; tenía la conciencia de la suya propia, y sin jactancia ni presunción se la agradecía humildemente al cielo con la misma complacencia con que se tenía por bueno y honrado.

Era esta idea como complemento de la otra, y una y otra se confirmaban y fortalecían. Se le mostraba no menos agradecido de haberle hecho amante de una criatura tan bella, y de haberle confiado la existencia y compañía de aquella que, enferma y convaleciente, corriendo por los campos ó postrada en su lecho, no perdía nunca á sus ojos las apariencias de una visión angelical. Razonador y concienzudo hasta en el sentimiento y la pasión, hubiera encontrado que sus sacrificios eran absurdos, que su adoración era perversión ó manía, si aquella mujer no fuera algo mas que una belleza vulgar.

Abandonándose al éxtasis de la impresión que ninguna otra le había inspirado, no buscaba tanto la disculpa de lo que tuviesen sus sentimientos de menos puro, como la justificación de lo que pudiera haber en su conducta de mas extraordinario. Harto conocía en su sensibilidad delicada que ni con el pensamiento podía dejar de ser virtuoso; en lo que pretendía dejar su conciencia tranquila, era en el convencimiento de que su fascinación no era insensatez ó extravagancia.

Y era, sin embargo, aquella hermosura y la pasión que ella inspiraba, el gusano escondido que le roía el corazón con dolor latente y continuo, el paño que cubría su frente con tristeza incesante y profunda, aunque serena. En esta pasión había un deseo, que era un martirio; una aspiración, que era una desventura. La adoración de la belleza, encontrábalas natural y no le

parecía culpable, pero constituía un tormento sin esperanza y una lucha sin fin ni gloria.

Ocultábasela al mundo para ahorrar á su amada toda sospecha, y á su propio carácter todo pretexto de ridículo, y tenía, sobre todo, que ocultársela á Sofía, para evitarle todo temor de compromiso, y alejar de sus relaciones con ella toda sombra de cohibición y recelo. Sin aquel entusiasmo de amor natural y sincero, virginal y ardiente, su amistad revestiría una forma cordial y expansiva; pero no pudiendo producirse toda, ni la mitad se revelaba; no pudiendo hacerle confianza alguna acerca de sus sensaciones, se había impuesto una reserva profunda sobre sus sentimientos. Pero había tanto candor en este retraimiento, y era tan tierna y delicada la timidez de revelar su secreto y el recelo de desmentir su propósito, que sus mas sencillas demostraciones, y las palabras con que siempre acudía á rebajar su mérito y á disminuir su valor, lejos de dar á su conducta las apariencias de la indiferencia, le imprimían un sello de gravedad solemne, entre calculada y entusiasta, entre melancólica y distraída, entre espontánea y violenta, á cuyo fascinador encanto é indefinible prestigio no era siempre dueña de resistir, sin emoción profunda, aquella mujer de tan perspicaz sentimiento y de comprensión tan intuitiva...

Si Sofía no podía ignorar lo que escondían los sentimientos de Enrique, no era él, á su vez, tan poco perspicaz, que se le ocultaran del todo los misterios del corazón de Sofía. Torpe sí, como lo son siempre los hombres para individualizar el objeto de sus sospechas, no acertaba á adivinar cuál impresión ó memoria había podido dejar huellas de terrores tan extrañas, de alucinaciones tan poderosas.

Conocía bastante el corazón de la mujer, para comprender que aquel objeto no tenía realidad ni presencia. Se le alcanzaba que la causa inexplicable de tan extraordinarios accidentes estaba envuelta en condiciones de imposibilidad y de desventura. Debía creer que aquellas memorias se consagraban á una persona irrevocablemente perdida, y examinando la índole de padecimientos, que no se conciliaban con la tranquilidad religiosa que inspira la muerte, levantábase mas siniestro, entre las sombras de sus sospechas, el espectro de un criminal ó el odioso fantasma de un perjuro.

Pero ninguna de estas explicaciones había llegado á tocar siquiera los lindes de la verdad, ni jamás entre sus cavilaciones y la memoria de su prima se había atravesado la imagen de un hombre tan alejado del conocimiento directo de aquella mujer, que ni una vez que le había visto sustentarla en sus brazos, había dado muestra de reconocerle.

Por un capricho de la flaqueza humana, tal vez por el predominio de la lógica sobre el alma de Enrique, era esta misma opinión lo que impedía el completo desencanto de la indiferencia lo que quizá infundía en su amor un aliento lejano de esperanza.

Aquella pasión cuyo tormento duraba en el alma de Sofía, era una explicación favorable de su conducta. Solo por ella podía Enrique darse razón de que tantos servicios y tanta felicidad y tanta adoración no tuviesen su natural recompensa en un alma que conocía buena y sensible. El orgullo de su propio mérito no se hubiera explicado una repugnancia, desfavorable para la mujer misma á quien enaltecía, sin atribuirle á la preocupación de una desgracia ó de una demencia. Parecía que ya hubiera llegado á triunfar de todo rival que no fuera imaginario ó perdido, y era fácil ó posible á lo menos, esperar que, sofocada por último en asfixia de imposibilidad absoluta la existencia de aquella quimera, el corazón de Sofía viniera por fin al suyo con toda la fuerza del remordimiento y pesar de haberle tanto tiempo desatendido.

Las mismas incertidumbres y perplejidades de la lucha de aquella mujer, habían contribuido mas de una vez á que cruzara por la noche de su soledad un relámpago de ilusión de esperanza; pero con mas frecuencia también, al pensar que la memoria de un objeto para siempre abandonado nunca pierde en su corazón su primitivo imperio, volvía tristemente á relegar á la región de las ideas absurdas ó de los pensamientos poco nobles, consuelos ó promesas que se fundaban en tan poco aceptables esperanzas, y volvía entonces aquella alma á resignarse tranquilamente en la fatalidad de su destino, cuyas condiciones formulaba él con su inflexible rigor geométrico, como si trazara un cuadrado sobre su pizarra, en la incapacidad de ser amado, en su incapacidad de amar á otra, en lo imposible de que Sofía viviera sin sus cuidados, y en la imposibilidad mas absoluta de fiar á otro alguno en la tierra el amparo y tutela de aquella vida.

Por eso, nunca mas que en la ocasión de su enfermedad, había revestido su asistencia la forma solemne y entusiasta de un ministerio religioso. Jamás había dejado de acudir tarde y mañana á aquella mansión; jamás dejó de presidir su esmerada vigilancia á todo lo que demandaba aquella situación angustiosa.

Jamás había faltado en aquella casa, á la hora necesaria, la autoridad de su presencia; y sin embargo, nunca había penetrado en aquella estancia donde una mirada pudiera ser indiscreta, donde una palabra pudiera sonar desabrida ó importuna. No quiso ser ni la hoja de rosa mal plegada, que pudiera sentir demasiado cerca de sí aquella susceptibilidad dolorida y dejó el inmediato servicio de aquel inviolable tabernáculo ó la caridad milagrosa de la incomparable Irene.

El velaba en su salud por las dos enfermas; y retirado á otros aposentos, llenaba con su presencia la misma habitación en que no asistía, y las horas mismas en

que allí no estaba. Nunca dejó á la ejecución de la religión la prevención de un material cuidado ni la inquietud por un detalle de servicio. Y los únicos momentos que eran para él como recompensa y reposo, eran los breves instantes en que Irene venía á darle noticias de los accidentes de la enfermedad, y hacerle consultas ó indicaciones de lo que era menester hacer ó permitido esperar, según el parecer de la ciencia ó las observaciones de la experiencia propia...

Irene había quedado tan admirada de su ternura, como sorprendida del carácter de su incomparable afecto. Al principio no cesaba de encomiarle y encarecerle, con la mira de ofrecer á Sofía un consuelo; pero cuando comprendió que toda la felicidad que pudiera darle la compañía de aquel hombre no era bastante á desterrar la memoria de otra aparición funesta, había meditado mas triste y profundamente sobre los enigmas del corazón y sobre los extraños misterios de una pasión inextinguible, solo porque era inmotivada.

Al contemplar al lado de la existencia de Sofía la realidad tan ideal que se presentaba á sus ojos bajo la interesante figura de Enrique, comprendió, llena de espanto, pero de misericordia, como al arcángel destronado del cielo le ha sido dado mayor poder que al serafín de las celestes gerarquías. Revelóse entonces á la elevada penetración de su entendimiento y de su experiencia que para salvar á su amigo de la aterradora eventualidad de suicidio ó de demencia que en su lúgubre porvenir se dibujaba, era menester sacrificar á Enrique.

Y al ver, por último, que este sacrificio era de parte del mismo posible y consentido, fué cuando avergonzada de su propia resistencia, aterrada con la inminente pérdida de su amiga, y resignada á la certeza de su próximo inevitable fin, había formado el propósito de llamar á Javier, y de exigirle lo que podía ser la expiación de sus propias culpas y la remisión de sus propios pavorosos remordimientos.

Enrique había seguido en la convalecencia de Sofía, una conducta de mayor reserva y retraimiento aun que en lo mas crítico de su enfermedad. Siempre había encontrado delicados pretextos para resistirse á las insinuaciones de entrar en su gabinete; pero le había hecho entender que su visita y su presencia serían el anuncio y prueba de su curación completa, ofreciéndole su compañía y brazo, si se dignaba aceptarle, para la fausta ocasión de su primer paseo de restablecida. Sofía había tenido que consentir en aquellas resistencias, pero había admitido tiernamente la honra y la dicha de estas ofertas.

Casi con viva ansiedad había esperado el momento de que cumpliera su palabra; pero ya hemos visto cómo aquel día se habían defraudado sus esperanzas, y cómo se convirtieron en horrores de espantosa tormenta los proyectos de un agradable paseo.

Desde muy temprano, el aspecto del cielo, antes de infundirle el miedo de sus furiosos, le había inspirado la desazón de una contrariedad. Al sentir en la atmósfera y en sus nervios los primeros amenazadores síntomas de la tempestad, presintió con inesperada tristeza que el primer día que le faltaba la compañía de Irene, sería imposible que Enrique atravesara la distancia que mediaba desde la población de su residencia. Había sobrecogido de una manera extraña la consideración repentina de su soledad. El horror de los elementos y la oscuridad de los cielos hacían resaltar pavoroso su aislamiento y desamparo.

El progreso de la tempestad trocó esta disposición de desaliento en un estremecimiento de espanto; y aquel sobresalto que producen las conmociones de la naturaleza en todas las organizaciones débiles ó padecidas, no era porque le aterraran sus peligros, sino porque no hallaba con quien compartírselos. No temblaba Sofía como el medroso ante sus enemigos, sino como el niño en las tinieblas, como el supersticioso en un templo desierto. Cada relámpago que rasgaba los senos de la atmósfera encicenta la hacia aparecer en medio del caos de la vida, como al caminante en despoblado le hacen mirarse solo y abandonado en el caos de la naturaleza.

Cuando Dios habla tan alto en estas formidables apariciones, la criatura humana se siente muy flaca y débil para presentarse sola en su presencia, para responder á su interpelación tremenda; conserva el miedo de Adán al llamamiento de la voz soberana, tiene temor y vergüenza de parecer ante sus ojos siempre reo de crimen, siempre descubierta y desnuda. Por eso Sofía, acogiéndose á la santa compañía de la Madre de los afligidos, no tanto le pedía que cesaran aquellos temerosos estampidos, como que calmara su espíritu, presa de miedos infundados. Por eso le demandaba la seguridad y firmeza de aquellos caminos, que, retumbando con el eco de sus pasos, parecía que iban á abrir abismos bajo sus pies.

Por eso insistía tanto en que diera á su corazón, extraviado y perdido en soledad, la asistencia de una santa compañía y la rectitud de un guía seguro. Por eso, cuando en aquella sala, donde se había creído sola con sus dolores y con sus plegarias, sintió á su espalda el aliento vital de otra existencia, pudo imaginarse que un espíritu del Señor descendía, respondiéndola desde el torbellino, á confortarla en el trance de su flaqueza, á asistirle en el congojoso reconocimiento de su desamparo.

Y por eso, cuando, volviéndose á mirar de dónde salía aquella voz de consuelo, vió arrodillada cabe el umbral de la puerta la plácida y serena figura del religioso cumplidor de su palabra, no fué mucho que reconociese en aquel hombre la majestad augusta y el espíritu consolador de un mensajero de la Providencia...

Entonces Sofia, levantándose del cojín en que había hincado sus flacas rodillas, atravesó lentamente la sala, sin decir una sola palabra. Enrique, inmóvil, la dejó venir hacia él y quedósele mirando de lleno en lleno, sin duda para cerciorarse de que aquella visita no era una aparición, como tantas otras. Comprendió Enrique el sentido y el alcance de aquella tan tierna como agradecida mirada, y alzándose del suelo ante los radiantes maravillados ojos de su prima,

— Yo soy, amada mía, le respondió tan solo.

Pero aquel acento de protesta de amor profundo, y de conciencia y homenaje de protección incontestable, quería decir, y hacia sin duda entender: — Yo soy el que no podía dejar de acudir cuando tú tiembles, yo soy quien no puede faltar de donde tú padeces, el que tiene siempre una lágrima donde tú lloras, el que tiene un santo *amen* en sus labios siempre que tú concluyes una plegaria...

Y ella entonces tendió su mano, estrechó la de Enrique, y arrodillándose a sus plantas besó una y otra vez la diestra protectora de aquel hombre sobrecojido y espantado, y alzando sus ojos a mirarle mientras que él se esforzaba en vano a levantarla del suelo, exclamó, como respirando descansada después de una gran fatiga, ó como si hablase todavía con la santa imagen:

— Gracias... gracias... Virgen mía... Ya estoy curada.

VI.

¿Era verdad? ¿Sofia estaba curada? ¿O era esta esperanza una nueva alucinación de su enfermedad?... ¿Era verdad que su corazón había encontrado la calma, y que su conciencia había entrado en posesión de su razón perdida? Aquella pasión que tan despótica se había enseñoreado de la región de su inteligencia y del imperio de su voluntad, ¿era verdad que había desaparecido como el meteoro de una noche en el horizonte de sus visiones y en la atmósfera de su fantasía?... ¿Qué había sentido en sus entrañas para hacerla creer en el desvanecimiento de sus ilusiones y en la extinción de sus deseos?... Por aquella existencia no había pasado mas que una enfermedad y una tormenta. Desde el fondo de su aislamiento había orado con fervor al cielo en las tristezas de su mal y en los terrores de su miedo. Sin duda podía esperar un favor de la gracia divina; pero en la inexperiencia de la vida, Sofia ignoraba aun que las dolencias no son infortunios y que los peligros no son trabajos...

Han transcurrido algunos meses: los días de otoño, húmedos, brillantes y melancólicos, han sucedido en el valle á los días largos de un verano sofocado y tempestuoso, ya que no demasiado ardiente. Los árboles de los vergeles están cargados de la cosecha de sus últimos mas sabrosos frutos; las emparradas vides han madurado sus racimos de oro y granate, y los pomposos maizales reemplazan con la magnificencia de su lustroso verde y de sus exóticas mazorcas la modesta riqueza de las mieses del estío.

Los prados exhalan por do quiera el embalsamado perfume de los espesos henares, y en los dilatados verdosos sotos, espinosas pilas de entreabiertos erizos cubren al pié de cada castaño frondoso la mullida alfombra del herboso suelo. Tienen ya las tardes puras la apacible tristeza de los días cortos; la atmósfera trasparente la diaphanidad con que la han esmaltado las primeras lluvias, y al amanecer y al crepúsculo, caprichosas culebrinas de niebla dibujan por todas aquellas revueltas y quebradas el curso de los sinuosos arroyos ó la caída perpendicular de los torrentes.

Las arenas de la playa recortan la verdura de los campos con orlas del brillante dorado con que las esmalta el sol espléndido de los últimos días bellos; y el Océano, recargando lo cerúleo de sus aguas y engruesando la masa de sus poderosas corrientes, anuncia con majestuosos bramidos y con el imponente empuje de exuberantes desbordadas mareas, la inminencia de las tormentas equinocciales. Las campiñas se animan con el movimiento de un pueblo que prepara sus trabajos. Los collados esperan su vendimia, las vegas el deshoje, los prados el guadaño, los sotos y pomares el empile, las mimbreras sueltan sus varas para los enormes cestos, los pinares sus maderas para los grandes toneles; y mientras que en la tierra todos se aprestan para las campestres faenas, los ríos ofrecen al pescador sus erias mas exquisitas, y las costas preparan el cerco de las barcas y de las grandes redes para sus mas animadas y opulentas pesquerías...

Es una época y una estación muy bella por todas aquellas riberas, y parecíale á Sofia que su alma tomaba parte por la vez primera de su vida en aquella fiesta de la fecundidad de la naturaleza. Por primera vez asociaba la actividad humana á la hermosura del campo; por primera vez, sin duda, su contemplación del paisaje, hasta entonces estéril, se mezclaba con la grandeza del destino del hombre, y entizaba la poesía de las grandes escenas con la bondad de los cuidados de la Providencia y con la recompensa de los trabajos de la vida. Era la primera vez que, al lado de la inmensidad de la creación, se le revelaba la importancia de la intervención del hombre, ministro inteligente del poder divino en la preparación de sus cuadros mas bellos, en la producción de sus dones mas ricos.

La sensibilidad de su corazón llegaba adonde no alcanza la razón de la ciencia en las investigaciones de la cosmogonía y en las observaciones de la historia natu-

ral. Comprendió por una intuición del alma aquel sentimiento que constituye la natural dignidad y grandeza de los trabajos del campo; vió la excelsa categoría que ocupa en el orden de las criaturas el privilegiado sér, que es en el palacio de la Divinidad su único operario y casi su asociado colaborador. Su pensamiento no era todavía bastante elevado para descubrir que en el templo de la creación es también el hombre, entre todos los hijos de Dios, su único sacerdote.

Esta percepción y este nuevo aspecto que ante sus ojos tomaban el mundo y la vida, eran un fausto agüero y felicísimo presagio; y en tanto, la desaparición de aquel, á cuya imagen se referían todos sus infortunios, había dado apariencias de tranquilidad á su espíritu, é infundido confianza de seguridad á sus propósitos.

De su misma presencia había llegado á dudar. No estaba segura de si había sido un fantasma ó una realidad. La alucinación que había revestido la forma de un delirio, hallábase reducida á la vaga memoria de los ensueños sin luz clara ni impresión externa, que solo quedan como interior concepción de nosotros mismos. No se había atrevido jamás á hacer preguntas sobre su aparición, no habían salido nunca de su boca nombres propios ni alusiones concretas. Hubiera temido excitar con sus preguntas ó con sus recuerdos la sorpresa de la insensatez ó la terrible compasión que inspira la sospecha de la demencia.

Las imágenes de su pasión, que se habían paseado en el campo de la fantasía, como las tristes sombras de las almas apasionadas en las visiones poéticas del antiguo Eliseo, habíanse disipado, como á la luz viva y poderosa del sol, celajes de crepúsculo y neblinas de arroyuelo...

Solamente había podido entregarse al desahogo de algunas confianzas y á la vaga investigación de algunas reminiscencias con aquella Irene, testigo de sus delirios y confesor piadoso y profético de sus pavorosos secretos. Pero Irene, que había sido indulgente con su amiga ínterin había alimentado las esperanzas de un sacrificio en que inmolaba sus propios sentimientos, después de la entrevista con Javier había tomado la actitud de una severidad imperiosa y desapiadada, con quimeras que prolongarían indefinidamente su martirio, cuando no la condujesen al mayor extremo de un deplorable infortunio.

Condescendiente y lisonjera mientras que la extrema postración de Sofia no le permitieron, sin gran riesgo de su salud ó de su razón, combatir de frente á un enemigo resguardado por la flaqueza misma de la posición que ocupaba, después que el recobro de la salud había dado energía al temperamento, y que la fuerza del espíritu se había robustecido con el sentimiento de la realidad, Irene, con pena profunda en el alma, había tenido la dureza necesaria para decir á su hija querida lo que tan acostumbrada estaba á no ocultar en sus últimos instantes á los enfermos confiados á su asistencia.

Mas feliz en esta ocasión, no tenía que anunciar una muerte segura ó una enfermedad perpétua; pero á fin de inspirar en aquella alma atormentada la resolución heroica de ahogar todo gérmen de pasión, no solo tenía que desterrar de su corazón toda vislumbre de esperanza, sino que tuvo que despojarse á sí misma de toda sombra de la primitiva indulgencia...

Irene no había decaído de su ascendiente y prestigio sobre el alma de Sofia. Primero le había hecho mas poderoso con sus imponderables cuidados, y de día en día la agravada situación de sus padecimientos daba desgraciadamente á sus acciones y palabras la solemnidad austera y la gravedad augusta de los moribundos.

Desde su última vuelta al convento, sobre todo desde aquel día de la espantosa tempestad, Irene, que ya había dejado de pertenecer á la juventud, podía decirse que no pertenecía á la vida. Su aspecto y su fisonomía habían perdido toda verosimilitud de duración, casi toda apariencia de vitalidad. Su piel se había pegado á sus huesos, como en una moraja preparada para el supulero, y su tez había cobrado el tinte metálico cobrizo de los cadáveres recién embalsamados.

Sus miembros, rígidos, se rehusaban á todo movimiento; por aquellos labios pasaba con pena el aire de la voz; sus ojos, fijos y vidriosos, parecían indiferentes á las impresiones de la fuerte luz ó á la incertidumbre de la visión en las sombras. Dominaba en aquella viviente ruina como el sentimiento de la indiferencia de la vida, y diríase que cumplía una obligación penosa en no haberse acostado en el sepulcro, como quien no se rinde al sueño á su hora, para velar por una persona querida.

No hablaba apenas, no cantaba, no se movía, no respondía, no miraba; y no gemía sin embargo, ni se quejaba, ni parecía padecer, ni resistir, ni repugnar nada de cuanto se le ordenara ó se pidiera. Parecía no poder pararse si andaba, no poder levantarse si se sentaba en reposo, no mirar ni ver cosa alguna de lo que pasaba ante sus ojos. Diríase que, perpétua sonámbula, su existencia se concentraba en el espectáculo de una visión interna, que aquel semblante era la máscara de un espíritu sumergido en el arroyo de un éxtasis continuo.

Pero aquel éxtasis parecía el que suele preceder los últimos momentos de la agonía de los justos, y no se podían ver abrirse aquellos labios, sin que asaltara el terror de sentir exhalar de ellos el último suspiro, ó el ansia de recoger de sus acentos roncos, pero vibrantes, las últimas proféticas manifestaciones de un espíritu que pisa ya las esferas de otro mundo.

En esta situación, el consuelo y el consejo no procedían de sus palabras. La verdadera resignación y espíritu de sufrimiento inspirábalo, á su aspecto, el espec-

táculo de su misma situación de magnanimidad silenciosa, de abnegación, indiferencia y olvido constante y evidente de sus propios dolores. Sofia no podía dar importancia á sus penas al lado de la sublime impassibilidad de aquel martirio; no podía atormentarse demasiado con su soledad, presenciando los días y las noches crueles, interminables de aquella solitaria penitente; no podía preocuparse exageradamente de su porvenir, contemplando aquella heroica enferma, jóven aun en años, sin hacer jamás un gesto de aflicción ni un movimiento de impaciencia, ante el constante peligro de la muerte ni ante la amarga eventualidad de una indefinida prolongación de la vida...

Pero donde se inspiraba de una resignación mas profunda y de una enseñanza mas dolorosa que la que producen discursos morales y exhortaciones directas, era en algunas raras, pero deliciosas conferencias, en que Irene, abandonándose como una evocada pitonisa al vértigo de recordar sus impresiones, y de llamar á juicio las vicisitudes de su agitada existencia, trazaba ante los ojos atónitos ó deslumbrados de Sofia, ora el cuadro de un espectáculo de fiesta, seductor y pomposo, en los días de su esplendor cortesano, ora la muerte y agonía de diez ó doce personas, que en una misma noche de epidemia habían dado entre sus brazos el último adiós á las ilusiones de la juventud ó á los tenaces cariños de la ancianidad.

Ya recordaba la presentación y triunfo de una brillante celeridad en aquellos salones donde ella había sido protectora de ingenios y dispensadora de reputaciones, ya los horrores de sangre y mortandad que siguen á un día de batalla, y que en los medallones que se cuelgan en el templo de la gloria, esculpen aquel reverso espantoso, que solo han contemplado los piadosos levitas de la caridad ó los meritorios sirvientes de la medicina.

Al desplegarse ante Sofia, en la acompasada y ronca narración de la agonizante enferma, aquellas perspectivas de la existencia, no se encontraba con derecho de llamarse desgraciada, ni de demandar al cielo mayor participación en las satisfacciones de la vida. Sus alucinaciones, sus deseos, sus inquietudes y sus desengaños parecían entonces lo que las medidas de la tierra á los que tienen la costumbre de calcular las distancias de los astros, lo que el ímpetu de las avenidas de un arroyo á los que han arrostrado las tormentas tropicales, ó sufrido en el mar el furor de las estaciones hiperbóreas.

Comunicábanse á su corazón la impassibilidad de la moribunda religiosa, y sin que hubiera salido de los labios de Irene ni una reflexión de piedad ni una palabra de devoción, cuando Sofia volvía de su santuario doméstico, y encontraba por todas partes las huellas de una asistencia cariñosa y de una amistad fraternal, prosternábase al pié de la Santa Virgen con la expresión reverente del mas profundo reconocimiento, y pedía perdón, avergonzada de haberse contado en el número de los infelices.

Momentos había de reconocer la reminiscencia misma de sus dolores y de sus amarguras como un elemento necesario para medir la extensión de su felicidad y paladear la dulzura de sus consuelos; y entonces llegaba hasta agradecer á la Providencia aquel indefinible sentimiento de amor, sin el cual el espectáculo de la naturaleza hubiera sido para ella indiferente y mudo: aquel torcedor eterno y latente del corazón, sin el cual sus ojos no se hubieran levantado jamás á un pensamiento de piedad, y sin cuya misteriosa inagotable tristeza no hubiera sentido nunca el placer de un rayo amoroso de la bondad y de la alegría del cielo...

Por eso había seguido reputándose curada, y se encontraba de día en día, si no victoriosa, fortalecida. Por eso pasaban por su imaginación pensamientos de felicidad y proyectos de mas reposado porvenir. Por eso se halagaba á veces con ilusiones de ternura y hasta con esperanzas de amor.

Por eso, cuando alguna vez, presa de funestísimos recuerdos, consumía en meditación solitaria horas rápidas y perdidas, ardientes y tempestuosas, como incubaciones de mal definidos ensueños, al compararlas con el sentimiento suave que, en compañía de Enrique, le hacía medir sin afán y con dulzura los instantes de la vida, aguardaba con impaciencia la llegada de su primo, y solía probar, al encontrarse á su lado, aquella sorpresa de placer con que reconocemos á la cabecera de nuestro lecho una persona de confianza y cariño, que nos ha despertado en las angustias de una pesadilla ó de las importunidades de una visión perseverante y apasionada. No se atrevía ciertamente á declararle á él un pensamiento determinado ni una palabra decisiva; pero no podía ocultarse á sí misma que había en las disposiciones de su espíritu una modificación profunda, y que para el porvenir de su existencia se presentaba á lo menos un problema.

Su solución, es verdad, no revestía siempre la forma de una esperanza; su temeroso espíritu quedábase con frecuencia indeciso y parado en los umbrales de la duda: solía creer que entraba en el templo para elevar una plegaria, y solo se acercaba á la trípode para consultar el oráculo.

Unas veces quería saber si estaría infaliblemente curada, otras se asustaba con pensar si estaba irrevocablemente comprometida; pero concluía siempre por desear la compañía de aquel, cuya presencia, si no era el remedio, era el olvido; cuya amistad, si no era un vínculo indisoluble en la vida, era la mas tierna y consoladora asistencia de un alma padecida y de una juventud abandonada...

En esta disposición de ánimo asistieron una tarde Enrique y Sofía, convidados por Irene y atraídos por la devoción de aquellos contornos, á una fiesta religiosa, que, en las proporciones de la localidad y en los medios de sus habitantes, podía llamarse magnífica. Eran los primeros días de setiembre, y se celebraba en el monasterio la festividad de la Virgen, su santa patrona. Los moradores de aquellos campos y de todas las poblaciones comarcanas habían acudido desde por la mañana con sus mas vistosos y con sus mas lujosos atavíos.

El espacio de la iglesia no había podido contener toda la multitud, que, rebosando del templo, se derramó por el césped y por los juncales que circundan el modesto edificio. Los marineros de la costa habían concurrido á celebrar y cumplir un voto, y la chaqueta azul, faja encarnada y charolado sombrero de su vistoso uniforme contrastaba con el pardo rústico sayo de los labradores. Irene tenía aun dedos de hierro para hacer vibrar con armonías solemnes y místicas fantasías el órgano de la iglesia, acompañando los himnos de las religiosas, que se mezclaban en esta ocasión con un coro numeroso de sacerdotes. Las imágenes de los retablos estaban decoradas con la sencilla esplendidez que acumulaba en sus capillas multitud de cirios y profusión de flores.

En los blancos manteles de los altares, en las ropas, recamadas de argentería, de las efígies, y en las guarniciones, cabos y remates de los objetos del culto, habían apurado las piadosas vestales todos los primores de su habilidad, todas las invenciones de su paciencia y todas las coqueterías de adorno negadas á sus severas tocas y á la austeridad de sus uniformes ropajes. El pavimento del presbiterio cubríale una rica alfombra, presente casi oriental de un indiano opulento, salvado de los peligros de un naufragio.

El camarín de la Virgen resplandecía todo con estrellas de luces, y el tabernáculo del Sacramento brillaba en medio de un triángulo de fuego, abierto en el pecho de un pelicano de plata. En las gradas del altar se apiñaban vistosos, embalsamado el aire, magníficos ramos de lirios y azucenas, matizados con verde fragante luisa; entre ellos, ricos, antiguos candelabros sustentaban blandones de cera rizada, entre lazos y festones de cintas con los colores de la bandera del puerto.

En las capillas laterales se ostentaban, ofrenda de devoción y prodigios de paciencia, ramilletes de flores, cestillos de frutas ó paisajes marítimos contruidos ó imitados con las conchas y caracolillos de la playa, ó con las madreporas y corales de mas apartadas riberas.

Dos pequeños navíos, obra de una habilidad mas piadosa que artística, flotaban, suspendidos á guisa de lámparas, á un lado y otro de la bóveda, empavesados vistosamente por la prolija devoción de jóvenes pilotos y marineros. Numerosas jaulas de colorines y canarios ó de extraños pintados pajaritos, traídos en reliquia por los que vuelven de los viajes de América, adornaban en torno las cornisas de la nave, y gorjeaban entre los arpegios del órgano y el canto de los sacerdotes, como acompañan en los vergeles las brisas del viento ó el murmullo de los arroyos.

Y desde la verja del presbiterio hasta los cancelos de las puertas mullía el pavimento y cubría sus anchas y azules baldosas de pizarra, una alfombra de juncia y espadaña, de ramos de hinojo y de laurel deshojado; no menos verde y fragante que las lindes de aquellos prados ó el césped herboso de aquellos sotos.

No faltaba de la religiosa ceremonia ninguna persona conocida y notable en dos leguas de contorno. Solo notaron algunos la desusada ausencia de Pablo el Triste,

eterno y voluntario sirviente del culto en toda ceremonia del monasterio; y era que sin duda aquel día había en Valle-de-flores demasiada alegría para su carácter y para su nombre. Aquella tarde era, no solamente festividad, sino romería. En torno de la iglesia se habían levantado puestos y mesas, aderezadas con toscos manteles, cubiertas de bollos y refrescos, dulces, flores del país y figuras de cera, presididas en medio por un santo, engalanado de cintas y lentejuelas.

Un aldeano viejo ó un marinero estropeado santiguaba con la santa imájen á una madre que traía sus niños, ó al anciano que conducía sus nietezuelos; bandejas de antigua porcelana, recamadas con dibujos de fuertes colores, recogían el óbolo de estas piadosas ofrendas. Los marineros habían hecho tiendas con velas dobladas, sostenidas en mástiles y remos. Frescas y robustas aldeanas, tendida hasta la corva la larguísima trenza de su incomparable cabellera, hacían en derredor feria y mercado de riquísimas frutas, amontonadas en cestos enormes. Niñas mas jóvenes y lindas servían rosquetes y azucarillos en azafates de mimbre ó en limpios arneros de cedazo.

tudes tan delicadamente hermosas, ligando el tocado rico de su pañuelo de encaje con la guarnecida grana de su roja esclavina, se complacían en ejecutar aquellos bailes con el primor de las damas de las ciudades. Estrepitosos bravos y alaridos hacían cruzar de corro á corro, de danza á danza, y de una á otra clase, la rivalidad cordial que estallaba en mútuos aplausos y correspondidas aclamaciones...

Hubo un momento en que de todos aquellos círculos se elevó un inmenso, atronador, unánime y simultáneo viva, ó en que mil enramados sombreros y mil pañuelos de colores tremoláronse al viento saludando una aparición querida y bien llegada. Eran Enrique y su prima, que despues de haber pasado la mañana en la iglesia y visitado detenidamente á Irene, se presentaban de improviso en medio de la fiesta. Sofía aquella tarde apenas se distinguía en su traje de las jóvenes de estas riberas.

Solo en vez del pañuelo orlaba su cabellera negra una leve mantilla de tul blanco, que, cruzando delante del pecho sobre un chal encarnado, se anudaba á la espalda en un lazo de flotantes puntas, para dejar á sus movimientos la libertad de un traje de campo. Pero su figura meridional hacia tan peregrino contraste con aquel adorno y con aquel carácter de belleza de las jóvenes del país, que su sorprendente hermosura arrancó de todos los labios un grito, no reprimido, de sincera admiración y alabanza.

El rubor de estas demostraciones dió un viso de carmin al terso nácar de sus pálidas mejillas, y la complacencia de verse tiernamente acogida y benévola aclamada, hizo asomar el llanto á sus ojos y dió á su mirada aquella melancólica expresión de envidia con que las almas lastimadas contemplan una felicidad que comprenden y no alcanzan... mas triste aun cuando la inspiran.

(Se continuará.)

Un episodio

DEL GOMBATE DE LA MALMAISON.

El comandante Jacquot.

El general Ducrot ha puesto á la órden del día en un parte especial, el hecho notable que representa nuestro dibujo.

Véase en qué terminos se expresa el general comandante en jefe de los cuerpos 13º y 14º.

24 de octubre de 1870.

« El general en jefe se apresura á dar á conocer á los cuerpos de ejército un hecho cumplido en circunstancias que honran sobremanera al capitán Ducos y al sargento mayor Petit de Granville, del regimiento de zuavos de marcha. El comandante Jacquot que se había avanzado intrépidamente á la cabeza de los tiradores, había caído gravemente herido; toda la línea cejaba acometida por fuerzas superiores, y en tan eminente peligro el capitán Ducos y el sargento mayor Petit de Granville expusieron su vida por salvar á su jefe y se le llevaron en brazos; pero muy luego el capitán Ducos, herido tambien de dos balas, debió retirarse. Entonces el sargento mayor Petit de Granville, solo y bajo una lluvia de balas, trasportó á hombros al comandante Jacquot hasta el momento en que tambien él cayó herido.

« Honremos todos su acción y tratemos de imitar su ejemplo; no vacilemos en hacer el sacrificio de nuestra vida para cumplir con nuestro deber. »



ESCENAS DE LA GUERRA. — El comandante Jacquot recogido en el campo de batalla por el capitán Ducos y el sargento mayor Petit, de los zuavos de marcha.

Algo mas lejos de los umbrales de la iglesia, en el centro de una era espaciosa, que ceñían en la plaza un cerco de recortados bojés y matas colosales de hortensia, y á la que, en concéntrica hilera, daban sombra copudos nogales y altísimos cerezos, se había instalado rey de la romería y corifeo de la fiesta, el característico gaitero, haciendo resonar la pradera con los alaridos de aquel primitivo instrumento, escita á un tiempo y romano, escocés y sarmata, que conserva aun en todos los pueblos de origen celta la fraternidad del traje y de los cantos tradicionales de esas razas sin historia.

En torno de este importante personaje y de su indispensable tamboril, formábanse en irregulares coros danzas campestres, en que la ligereza de los movimientos y el ritmo vivísimo de los compases contrastaban singularmente con el pausado carácter y las formas poco aéreas, aunque esbeltas, de aquellas macizas hermosuras. Al otro extremo de la era instrumentos de cuerda, mas pulidamente tocados, daban el son de walses y contradanzas á muchas parejas de los puertos; y aquellas jóvenes de la marina, de proporciones y acti-